

# CRISTIANDAD



# 100

## RAZON DE ESTE NUMERO

A Ñ O V

15 MAYO

1 9 4 8

Valencia, la egregia Capital del Levante español, la ciudad de las flores, cuna de hombres de ciencia, artistas y poetas sin par, ha vibrado durante los pasados días en honda conmoción espiritual, al conmemorar las Bodas de Plata de la Coronación Pontificia de la Santísima Virgen, en su advocación de los Desamparados.

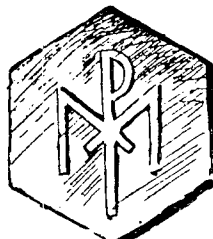
CRISTIANDAD, no podía silenciar esta explosión de espiritualidad de un pueblo que en medio del mundo material, hoy imperante, sabe dar ese consuelo de elevar una sentida plegaria y rendir homenaje de pleitesía y amor a su Madre y Patrona la Virgen de los Desamparados.

He ahí el porqué de nuevo los estudiosos valencianos - quién mejor que ellos para hablarnos de la «Seua Mareta» - vienen a asomarse a nuestras páginas a exponer en sendos artículos estudios teológicos e históricos, aspiraciones dogmáticas y realizaciones sociales. CRISTIANDAD poniendo sus columnas a su disposición, se permite desde estas líneas estimularles, si ello es posible, a perseverar en el camino emprendido con la seguridad de ser fieles intérpretes del pasaje de San Mateo: «... luz del mundo que no se enciende para ser puesta debajo del celemin, sino para colocarla sobre un candelabro a fin de que alumbré a todos los de la casa...»

Editorial: **Nuestra Señora de los Desamparados.**

**Madre de desamparados**, por Vicente Calatayud Llobell, Pbro. (págs. 218 a 220); **Las fiestas de la Coronación pontificia en 1923**, por Ramón Ferrando Llacer (págs. 221 y 222); **Ante la imagen de Nuestra Sra. de los Desamparados**, por Emilio Lluch Arnol (págs. 223 y 224); **El voto asuncionista de la Diócesis valentina**, por José M.<sup>a</sup> Haro (págs. 225 y 226); **Palabras pontificias** (pág. 226); **La Mare de Deu dels Desamparats, Generalísima del Ejército**, por Manuel Dualde Serrano (págs. 227 y 228); **La Virgen de los Desamparados, bajo el dominio rojo**, por E. Carrere Zacaes (págs. 229 y 230); **Notas históricas sobre la imagen principal de Nuestra Señora de los Desamparados**, por Emilio Aparicio Olmos, Pbro. (pág. 231); **El Banco de Nuestra Señora de los Desamparados**, por Joaquín Hernández López (págs. 232 a 234); **El culto a la Virgen de los Desamparados en Barcelona**, por José Ribelles Comín (págs. 234 a 237); **Resplandecerá como una estrella...**, por Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 238 y 239).

**Orientaciones Bibliográficas**, por Luis Luna (pág. 240).



**A. S.**

**B A R C E L O N A**

Ayudad

a la

Prensa católica

*B. M.*

**B. M.**

**Martín Oliva**

**SOCIEDAD ANONIMA**

**Tejidos Algodón**



Bailén, 68  
Teléfono 50587

**BARCELONA**

# CRISTIANDAD

NÚMERO 100-AÑO V

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 502, 2.º, 1.º - Teléf. 22446

BARCELONA

15 de Mayo de 1948

Cruz, 1, 1.º - Teléf. 222587

MADRID

## Nuestra Señora de los Desamparados

«Ni puede expresar la pluma ni cantar la lengua lo que son estas muestras de la devoción mariana del pueblo valenciano, son locura de amor, locura inenarrable de amor de un pueblo enardecido al paso de la imagen de la Madre, de esa imagen tan bella, tan humana, tan encorvada por el peso del ansia maternal hacia sus hijos.

Si la santa monjita de Lisieux llegó a decir que «quería pasar su cielo haciendo bien en la tierra», más que ella, incomparablemente más que ella —así lo entiende y así lo expresa Valencia— pasa la «Mareta» su cielo, puestos los ojos de la eficaz misericordia en los hijos de esta tierra de sus amores.

Y así la ven ellos, todos ellos

Podrán los valencianos no concordar en otras cosas. En el amor a la «Mare dels Desamparats» concuerdan todos: obreros y patronos, ricos y pobres, nobles y plebeyos.

No hay en ese amor diversidad de cunas, ni de color social, ni de partidos, ni de ideas.

Ella es la Madre de todos los valencianos, y basta verla para sentirse arrastrados.

El rico adorna los balcones con viejos mantones de Manila, enmarca la fachada de la casa con luces eléctricas, quema en las aceras fuegos de artificio y arroja al aire una nube de pétalos de rosa.

El pobre saca a la calle la mejor colcha de la modesta cama, y cadenas de pintado papel y percalinas.

El aire cargado de humo de pólvora, es una sinfonía de cantos, de voces, de gritos, de aplausos, de estampidos y de piropos, mientras la imagen camina por encima de un mar de cabezas llevada por racimos apiñados de hombres forzudos que se sienten felices si la tocan y que podrán jurarnos que no pesa.

Y no sólo aplausos y sonrisas de cariño, no sólo piropos de filial ternura salidos de todas las gargantas, algunas de las cuales se agitan sobre los hombros felices del vecino, no sólo tracas y estallidos de bombas y rayos multicolores jugando en el aire, sino oraciones, lágrimas, corazones que hablan en los ojos, caras transfiguradas en los balcones y aceras, en este Tabor valenciano que es el traslado de la «Maredeueta».

¡Cuántas aceras y cuántos balcones nos han metido por los ojos el escalofrío de lo sublime, y una sorda protesta contra el que osaba charlar a nuestro lado, cuando teníamos toda el alma en los ojos y en los oídos para sorber ese mundo inefable de las almas mucho más trascendental que el mundo de la materia que nos rodea...!

Conocemos a España. Hemos viajado por todas las regiones y admirado y aplaudido las bellezas y las virtudes de cada una.

Hemos presenciado en muy diversos lugares, fiestas de la Virgen. Hemos sorprendido las explosiones de la piedad mariana de nuestros pueblos.

Pues... hay que rendirse.

Explosiones de amor tan arrebatado, tan encendido, tan delirante, tan tiernamente filial como la del pueblo valenciano, no la hay en parte alguna de nuestra Patria, y si no la hay en nuestra España, pensemos que no la hay en región ninguna de la tierra.

¡Y qué gran consuelo nos da el pensar así!

Valencia es inmortal.

Podrán pasarle cosas ingratas en brazos de los siglos, pero ninguna la abatirá.

Ella ama con delirio a la Madre, que es canal de todas las gracias, mejor aún, medianera de todas las gracias, de todas las misericordias de Dios. Y la Madre vela por la más cariñosa de sus hijas.

¡Artistas, filósofos de la historia y de la psicología! venid y ved.

¡Fiestas del XXV aniversario de la Coronación! Si estos son los prolegómenos, ¿qué no sereis vosotras? ¿Qué no será de bello, de emocionante, de inenarrable, la venida a Valencia, traídas por sus mejores hijos, de las imágenes de la Virgen más veneradas en los pueblos de la Diócesis?

Miles y miles de peregrinos en fatigosas jornadas, alzando en hombros la estatua de la Patrona, o alzándola en carroza triunfal escoltada por otra o en procesión marinera de centenares de vaporcitos y lanchas, como esa Patrona de la Costa, de Oropesa a Gata, la Virgen del Castillo de Cullera.

Todas a Valencia a juntar un ramillete de piedad y de historia, los mejores títulos de amor a la Virgen, aquellos con que la honraron nuestros padres a través de las muertas centurias.

¡Qué días de gloria nos concede vivir el Señor, por la amorosa intercesión de nuestra «Moreneta»!



(De la alocución pronunciada por el Excmo. y Rvdo. Sr. Arzobispo de Valencia el día 1.º de mayo de 1948)

# Madre de desamparados

La Iglesia ha prodigado las alabanzas a la Madre de Dios, como haciendo eco a la voz de la Virgen que en las montañas de Judea afirmó que "la llamarían bienaventurada todas las generaciones, porque la hizo grande el que es Todopoderoso".

Y a la gran aureola de Madre de Dios, título de toda la grandeza de María Santísima, ha ido la Iglesia recogiendo lo mejor de sus tesoros y lo ha entregado a María. Por eso la llama: Casa de oro, Torre de marfil, Rosa mística, etc. A estas alabanzas no podían faltar las voces de los desterrados en este valle de lágrimas y también en esas hermosas letanias lauretanas vemos las súplicas a la que es Auxilio de los cristianos, Refugio de pecadores y Consoladora de afligidos...

¡Cuántas y cuán hermosas alabanzas por ser Madre de Dios!

Pero con ser todo esto muy hermoso, parece que a nosotros nos gusta algo más. El llamarla y sentirse sus hijos.

Gran dignación tuvo el Señor con nosotros al darnos la criatura que El mismo había escogido para Madre suya, y dárnosla por Madre nuestra.

Dulce palabra: *madre*. Es la primera que pronuncian nuestros labios y pedimos morir también con ella en nuestro corazón invocando a la Virgen Santísima.

La palabra madre nos acompaña en todas las edades: para el pequeño lo es todo; para el joven es freno en el despertar violento de las pasiones; para el hombre es el recuerdo de las cosas buenas y agradables; para todos, es alegría serena y dulce. Es como el sol que alegra y fecundiza nuestra vida mortal.

Pues bien, María es nuestra Madre. No es solamente la Madre de Dios, sino también es madre de los hombres. Así la cantamos los valencianos al decirle *Madre de Desamparados*.

Ciertamente que la Iglesia la canta así con las voces de los Pontífices y de la liturgia, desde los más remotos siglos. Si Cristo "vino para que tuviésemos vida y vida abundante", es María quien nos trajo al autor de esta vida y por ello es Madre nuestra de la vida nueva que

todo hombre tiene en Cristo. Así lo afirma S. Alfonso María Liguori diciendo: Si Jesús fué el Padre para nuestras almas, María es la Madre; puesto que, dándonos a Jesús, nos dió la verdadera vida, y ofreciéndolo después en el calvario por nuestra salud, nos dió a luz a la vida de la gracia divina. (Glorias de María I, p. c. I, n. 11).

Mucho antes que S. Alfonso, había dicho S. Pablo que aquellos que creen en Cristo: "son muchos en un solo cuerpo" (Rom. XII, 5). Ahora bien, María no concibió solamente al Hijo eterno de Dios; para que se hiciese hombre, tomando de ella la naturaleza humana; sino para que por medio de la naturaleza tomada, fuese el liberador de los hombres. Así lo anunció el ángel a los pastores: "Os ha nacido a vosotros un Salvador, que es Cristo" (Luc. II, v. 11). Por ello podemos concluir, que en el único seno de la castísima Madre, Cristo tomó para sí la carne, y unió a sí el cuerpo espiritual, formado por aquellos los cuales habían de crecer en El, María, pues, podemos afirmar que llevó en su seno a Dios y a todos aquellos cuya vida estaba contenida en la vida del Salvador. Es decir lo que dice S. Pablo que somos miembros de El, carne de El, huesos de El (Eph. V, 30).

Bien podemos llamar a María, madre espiritual, pero verdaderamente madre de los miembros de Cristo, que somos nosotros.

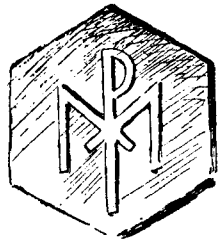
Y cuanto acabamos de decir no es nuestro son palabras tomadas en su mayor parte de la Encíclica del Papa Pío X con motivo del cincuentenario de la Inmaculada.

María es nuestra Madre. ¡Dulce nombre dulce invocación!

Si a este argumento quisiésemos añadir como la Tradición la invoca también madre, encontraríamos cosas hermosas en Orígenes quien hablando de S. Juan afirma: "Nadie podrá comprender las grandezas del evangelio de este apóstol, sino todo aquel que como Juan haya reclinado su cabeza sobre el pecho de Cristo, o haya recibido como él a María por Madre"; (1)

S. Epifanio que dice: "Habiendo llevado María al Vi-

(1) Puede verse en «Zeitschrift für katholische Theologie» - Innsbruck 1916, pg. 598; 1923, pg. 391, 677.



## RAZON DE ESTE NUMERO

Valencia, la egregia Capital del Levante español, la ciudad de las flores, cuna de hombres de ciencia, artistas y poetas sin par, ha vibrado durante los pasados días en honda conmoción espiritual, al conmemorar las Bodas de Plata de la Coronación Pontificia de la Santísima Virgen, en su advocación de los Desamparados.

CRISTIANDAD, no podía silenciar esta explosión de espiritualidad de un pueblo que en medio del mundo material, hoy imperante, sabe dar ese consuelo de elevar una sentida plegaria y rendir homenaje de plettesia y amor a su Madre y Patrona la Virgen de los Desamparados.

He ahí el porqué de nuevo los estudiosos valencianos —quién mejor que ellos para hablarnos de la «Sena Mareta»— vienen a asomarse a nuestras páginas a exponer en sendos artículos estudios teológicos e históricos, aspiraciones dogmáticas y realizaciones sociales. CRISTIANDAD poniendo sus columnas a su disposición, se permite desde estas líneas estimularles,

si ello es posible, a perseverar en el camino emprendido con la seguridad de ser fieles intérpretes del pasaje de San Mateo: «...luz del mundo que no se enciende para ser puesta debajo del celemin, sino para colocarla sobre un candelabro a fin de que alumbré a todos los de la casa...»

Editorial: **Nuestra Señora de los Desamparados.**

**Madre de desamparados**, por Vicente Calatayud Llobell, Pbro. (págs. 218 a 220); **Las fiestas de la coronación pontificia en 1923**, por Ramón Ferrando Llacer (págs. 221 y 222); **Ante la imagen de Ntra. Sra. de los Desamparados**, por Emilio Lluch Arnal (págs. 223 y 224); **El voto asuncionista de la Diócesis valentina**, por José M.<sup>a</sup> Haro (págs. 225 y 226); **Palabras pontificias**, (pág. 226); **La Mare de Deu dels Desamparats, Generalíssima del Ejército**, por Manuel Dualde Serrano (págs. 227 y 228); **La Virgen de los Desamparados, bajo el dominio rojo**, por E. Carrere Zacaes (págs. 229 y 230); **Notas históricas sobre la imagen principal de Nuestra Señora de los Desamparados**, por Emilio Aparicio Olmos, Pbro. (pág. 231); **El Banco de Nuestra Señora de los Desamparados**, por Joaquín Hernández López (págs. 232 a 234); **El culto a la Virgen de los Desamparados en Barcelona** por José Ribelles Comín (págs. 234 a 237); **Resplandecerá como una estrella...**, por Martirián Brunsó, Pbro. (págs. 238 y 239).

**Orientaciones Bibliográficas**, por Luis Luna (pág. 240).

viente por excelencia, ha sido por ello madre de los vivientes”, señalando con esta frase un parangón entre María y Eva. (2)

Y en la Iglesia Latina es S. Agustín quien después de haber indicado que María es Madre natural y madre espiritual, añade: “Ella es madre espiritual no del Salvador sino de los miembros del Salvador, que somos nosotros, porque ha cooperado con su caridad, al nacimiento de los fieles en la Iglesia, los cuales son miembros de la Cabeza, de aquella Cabeza de la cual ella es verdadera y corporal madre”. (3)

Y el maestro de S. Agustín, San Ambrosio, enseña lo mismo con este hermoso similitudinario arrancado de las páginas sagradas: “*Ventus tuus sicut acervus tritici vallatus liliiis...*” “En el seno de María nacían a un mismo tiempo el cúmulo de trigo y el lirio flor de gracia... Y puesto que aquel grano de trigo llegó a ser un cúmulo, así se cumple el dicho del salmista: y los valles abundaron en trigo, ya que aquel granito muerto, trajo luego fruto precioso... Del seno de María se esparció por todo el mundo aquel cúmulo de trigo coronado de lirios, cuando de ella nació Jesús”. (4)

Sería largo si adujese el testimonio de los santos Padres hablando de la maternidad espiritual de María.

Todos los fieles no olvidan estas expresiones de los Padres y con amor y fe ardiente le dirán mil veces Madre, nuestra Madre... Y clamarán como San Anselmo: “¡Bendito aquel Hermano por el cual María es nuestra Madre y bendita aquella Madre por la cual Cristo es nuestro Hermano!” (5).

Esta misma maternidad espiritual de María sobre nosotros toma de estas últimas palabras nuevo argumento para probar que María es nuestra Madre: Cristo es nuestro hermano. El mismo Cristo decía: “Anunciad a mis hermanos” (Math., XXVIII, 10). Y San Pablo, hablando sin ambages, afirma de Cristo: “Primogénito entre muchos hermanos” (Rom. VIII, 29). Si pues, Jesús es nuestro hermano, ¿cómo podremos negar que su Madre sea también nuestra madre y que nosotros somos sus hijos?

Así lo quiso el Señor y desde lo alto de la cruz nos la dió por Madre. Tal vez alguien afirme que se dirigió tan sólo a su discípulo Juan, y que lo hacía llevado por su amor filial al ver morir y dejar a su Madre huérfana.

Mas contra esta afirmación hemos de argüir diciendo que Jesús pronunció estas palabras en el momento en el cual daba la vida por todos los hombres y sufría una muerte pública y universal. Las pronunció cuando trataba una causa pública, la de todos los hombres, como que de todos los hombres tenía y representaba la naturaleza sin culpa. “*Agebatur hominum causa, in quo erat omnium natura sine culpa*” (San León).

Sacerdote y víctima al mismo tiempo, pontífice universal, hostia pública de expiación estaba ofreciendo el sacrificio a Dios su Padre, y no podemos creer que por un instante interrumpiese su oración sacerdotal para pensar tan sólo en premiar a su discípulo amado y dar alivio a su Madre. Al morir Cristo nada hay que tenga un carácter particular, el fin sublime y universal de su muerte hacía que todo en aquel instante adquiriese un carácter universal. Ofreciase por todos y ofrecía todo a todos. Al dar a su Madre al discípulo Juan pensaba en todos los hombres y daba a la que era Madre espiritual de ellos para que fuese la que velase por todos ellos.

El discípulo debió representar a todos los creyentes, como los que le crucificaron representaban a todos los

pecadores, en frase valiente de San Pablo, como también el buen ladrón representaba a todos los verdaderos penitentes. La adopción de Juan nos comprendía a todos. Por ello parece que llama a la Santísima Virgen con el nombre genérico de Madre y a Juan con el de discípulo. Desaparecen los nombres propios para que entrásemos todos nosotros.

María es, pues, nuestra Madre por adopción. De Jesucristo lo es porque le dió la vida física del cuerpo; nuestra lo es porque coopera a nuestra vida espiritual mediante la gracia. De Jesús es Madre porque merced a su obra, Dios ha unido el alma a la materia; de nosotros es Madre porque une Jesús a nuestras almas, y nos lo conserva con lazos de amistad divina.

Y sobre todo, de Madre tiene para con nosotros un corazón verdaderamente maternal.

¡No hay cosa más sublime que el corazón de una madre! Todo corazón lo hizo Dios para amar, pero ninguno supera al corazón de la madre. Este no conoce egoísmo, sino que se da sin reservas, sin miedo a las ingratitudes.

Además el amor de María para con nosotros está alimentado por el amor que ella tiene a Jesús. ¿Quién pretenderá explicar el amor de la Virgen para con Cristo?

La unión nuestra con Cristo, que ella conoce, hace que nos ame como ama a Jesús. En su corazón maternal no se pueden separar estos dos amores que ella posee: el amor a su divino Hijo y el amor a estos pobres hijos.

Con aquel amor que Cristo vino a salvar todo lo que había perecido, así María ama todo lo que había perecido para llevarlo todo a su Hijo Jesús. Si María nos amase poco podríamos decir que estimaba en poco la sangre de Cristo que se derrama por todos nosotros.

Y en este colmo de amor de su corazón maternal María nos ama a todos: a los justos, porque en ellos ve resplandecer la sangre generosa del Redentor, y ama también a los pecadores a fin de sacarles de su estado para revestirles otra vez de la vestidura de la gracia.

Y con ello nos entramos en aquellas razones que justifican la segunda parte del título hermoso que ostenta la Reina y Patrona de Valencia.

Justamente la llaman Madre los valencianos; justamente también la llaman de los Desamparados.

Cuando todo el género humano estaba sumido en las sombras del pecado yacía desamparado con el mayor de los desamparos: el de Dios. Y cuando el ángel anuncia a María que ella ha sido elegida para ser Madre de Dios. María conoce perfectamente por los lamentos de la Sagrada Escritura este desamparo que sufre la humanidad, que “clama desde lo profundo para que el Señor escuche su oración”. Siente gravitar sobre sí la Santísima Virgen el desamparo de toda la humanidad y surge en sus labios maternales aquel *fiat* por el cual congrega cabe sí, como hermosamente dice santo Tomás de Villanueva, a todos sus hijos, del mismo modo que la clueca congrega a los polluelos cuando el gavilán les cerca y se encuentran desamparados en el campo abierto donde corren.

Después del *fiat* de María la humanidad no estará desamparada, pero será porque María es la Madre de todos aquellos que yacían en el peor de los abandonos: el de Dios y su gracia.

¿Acaso ese estado de la humanidad no lo expresa Cristo desde lo alto de la Cruz cuando dice a su eterno Padre: Padre, por qué me has desamparado? Y Cristo sufre en la Cruz el desamparo que correspondía a la humanidad. Vino a redimirla y a pagar las deudas que había contraído delante de Dios y sufre la mayor de las penas sintiéndose desamparado, abandonado de Dios. Y bien sabemos que en aquel momento no tiene más amparo

(2) Adv. Haer., haer. 78, n.º 18.

(3) De sancta Virg. c. VI.

(4) De Instit. Virg. c. XIV, XV.

(5) Mariale P. L. Migue vol. CCXI, id. 743.

## PLURA UT UNUM

que el de su Madre, que en pie está junto a la Cruz. María en aquel momento supremo se sentiría madre del gran abandonado, y con él sintió tantos desamparos que al correr de los tiempos habían de sentir los hermanos de Cristo y puesto que ella era la madre de todos los hombres, desde aquel momento, desde que sintió el quejido de Cristo a su Padre, se sintió también más ligada a todos los que en la vida tienen sus abandonos y desamparos. Es Madre de Cristo desamparado y es madre de todos los que buscando a Cristo o por seguir a Cristo se sienten desamparados en sus cruces, bien sean cruces que ellos mismos tomaron sobre sí al buscar el pecado, bien sean las cruces con las cuales el Señor les prueba porque son justos.

Y apenas muere Cristo María ejerce ya su título de Madre de Desamparados con los discípulos del Señor. Sintieron estos el miedo, el desamparo de Aquel que era para ellos el todo y se refugiaron en el Cenáculo y dice San Lucas que estaban todos en oración "con María la Madre de Jesús". ¡Hermosa maternidad espiritual de María en aquel instante! Estaba con aquellos sus hijos que por sentirse desamparados acudían a ella en afán de hallar alientos de vida y de alegría. Y María, hasta que Cristo subió a los cielos y envió luego al Espíritu Santo, fué la que les alentaba y sostenía. Luego quedarán robustecidos por la gracia del Espíritu Santo, mas antes fecundiza aquellas tierras de pobres corazones la Madre Amparadora, María Santísima.

A estas razones que prueban cuán bien se aplica a María este título de Desamparados, podríamos añadir aquellas razones tan humanas y que tomamos de nuestra experiencia cotidiana. Las madres muestran que lo son, de un modo especial, con los hijos más débiles. Si oís reír no busquéis a la madre, podrá no estar en la fiesta, pero si oís llorar allí, junto al lecho del dolor, estará la madre. Donde hay un desamparo allí el corazón maternal. Largas noches de dolor harán estremecer a la humanidad, pero el corazón de la madre resiste impávido largas vigiliias para llevar un poco de amparo al hijo moribundo.

Si esto hacen las madres, ¿no hemos dicho antes que María es Madre nuestra? A fuerza de corazón y corazón, como el de María el más misericordioso, nos la imaginamos junto a todas las madres que sufren y junto a todos los hijos que lloran. Bien le canta la Iglesia, Consuelo de afligidos y Refugio de pecadores, pero esto mismo es ser Madre de Desamparados, que no existe mejor alivio que en el desamparo encontrar consuelo y en el pecado encontrar a la madre que nos acoge para aplacar las iras de Dios.

La Iglesia aplica a María aquella escena de la reina Ester rogando ante el rey Asuero por el pueblo judío, al que quiere perder la ambición de Amán. Y es Mardoqueo quien ruega a Ester para que ésta no abandone a su pueblo y le ampare en aquel trance. Ester divina es la Santísima Virgen que acude ante el Rey celestial para rogar por su pueblo en los desamparos de la vida de la humanidad.

La aclama la Iglesia medianera de todas las gracias y no podemos creer que media cuando éstas no las tene-

mos, sino también cuando ve que nos van a hacer falta. Es decir, que María ejerce de Madre para ampararnos continuamente, tanto en los momentos en que ofendimos a Dios, cuando con temor acudimos a Ella para no perecer en las tentaciones.

Actitud verdaderamente maternal es la de amparar. Todas las madres ¡qué bien lo hacen con sus pequeñuelos! Miradlas bien. Cuando el niño da los primeros pasos y apenas si anda, ¡cómo la madre atiende a aquellos vacilantes pasos y extiende cariñosa los brazos para defender al hijo de las caídas. Así nos imaginamos a la Santísima Virgen. Con esa misma actitud amorosa, amparadora, para con todos nosotros que, como los pequeñuelos, andamos vacilantes por el camino de la virtud.

Dulcemente se unen, pues, estas dos palabras de Madre y de Madre de Desamparados en la Patrona de Valencia para señalar al pueblo cristiano un título tan cariñoso, que tanto amor señala en María y tanto amor debe despertar en nosotros.

No es extraño pues, que la busque el pueblo de Valencia y la aclame con frenesí y noble entusiasmo: piensa en la Madre y piensa también en sus propias miserias y desamparos.

Otras imágenes dirán del lugar donde se encuentran o señalarán alguna faceta de la divina maternidad de la Santísima Virgen; o tal vez expresen algún rasgo maternal para con nosotros, pero creo sinceramente que Madre de los Desamparados dice todo lo que es una Madre y lo que es para estos tristes hijos de Eva desterrados en este valle de lágrimas.

Además la imagen de la Patrona de Valencia con su cabeza inclinada, mirando a todos y extendiendo su manto sobre el pueblo, dice su nombre con sólo mirarla, puesto que convida a que todos vayan a Ella para encontrar un sitio cabe sus plantas.

Históricamente amparó a los que la justicia humana llevaba al suplicio; a las huérfanas que sin dote podían perderse en el tráfico pasional de la vida; a los locos que andaban sueltos por la calle sufriendo el escarnio de las gentes, a todos los que tendidos por el dolor gemían en el lecho; a los inocentes cuyas madres iban a ofrecerlos apenas nacidos.

Hoy, cuando toda la ciudad de Valencia la proclama su Madre y Patrona, ejerce estas mismas funciones. A Ella buscan los niños llevados en brazos de sus madres; los que sufren buscando a sus penas alivio; los que temen el insulto de las gentes para ser valientes en la confesión de su fe; la virginidad para no perder la flor de la pureza; los que hemos de morir para que en la hora de la muerte nos ampare. Todos, para decirle con todo el corazón y todo el cariño del corazón: MADRE y para decirle además viendo nuestras luchas en la vida: MADRE DE DESAMPARADOS no nos desampares. Y para decirlo como nos lo enseñaron siendo pequeños:

*Mare dels Desamparats,  
jamai ens desampareu  
ni en la vida, ni en la mort  
ni en lo Tribunal de Deu.*

*Vicente Calatayud Llobell*  
Presbítero  
Profesor del Seminario Metropolitano

# Las fiestas de la coronación pontificia en 1923

Ocupaba la sede arzobispal valentina el año 1921, el prelado valenciano don Enrique Reig y Casanova, más tarde Cardenal y luego Primado de España. El 15 de octubre de dicho año, previa solicitud expresa que recogía el anhelo común de los católicos del reino de Valencia, el Papa signaba el documento histórico por el que se autorizaba al eminente Arzobispo a coronar la imagen secular y veneranda de la Virgen de los Desamparados, Patrona de Valencia. A partir de entonces el venerable Prelado desplegó una actividad titánica para llevar a cabo con el relieve y pompa debidos la coronación pontificia de la Virgen, recogiendo y encauzando todas las iniciativas y voluntades del pueblo valentino, deseoso de volcarse en homenaje a la *Mare de Deu*, con motivo de lo que sería más tarde fecha hito en la historia de Valencia: la Coronación.

Los tiempos que corrían eran difíciles y peligroso el estado social. El ateísmo dominaba y estaba de moda. La indisciplina en todos los órdenes se enseñoreaba de la calle. Los valores permanentes consustanciales a la personalidad nacional negados en público. Y cuando se dió a conocer que la Patrona de Valencia iba a ser objeto de pontificia coronación y con tal motivo se preparaban festejos extraordinarios y cultos solemnísimos y que hasta nosotros llegarían peregrinaciones, personalidades de la Iglesia y del Estado, que Valencia, en fin, viviría unos días de gran solemnidad, de apoteosis en honor de su Virgen de los Desamparados, no faltaron voces portadoras de ruines intenciones que atribuyeron todo aquello a un propósito bastardo. Llegó a decirse que todo era una combinación para distraer la atención pública, que todo aquello se inspiraba en unos móviles sanhopancescos y que se aireaba y exaltaba el sentimiento religioso del pueblo para que le sirviese de anestesia raquídea.

El buen Arzobispo, ajeno a todo esto, afrontó la situación como un iluminado, y como un predestinado lo resolvió todo a la mejor gloria de la Virgen, al mejor servicio de Valencia, a la mayor y aleccionadora exaltación de los sentimientos carísimos de su pueblo que al transcurrir del tiempo, vendrían a polarizarse en la resistencia más tenaz a lo revolucionario y extraño a su idiosincracia, y cuando sufriese en su propia carne la tiranía exótica de lo soviético y por fin consiguiera liberarse, encontraría en el volver a ser el consuelo de esa Virgen de los Desamparados, resumen y síntesis de sus ideales eternos como pueblo latino y católico.

El 6 de abril de 1922 acudieron a palacio arzobispal, llamados por el Prelado Reig y Casanova, representantes de toda la ciudad. Y en aquella memorable primera sesión fué nombrado un Comité Ejecutivo Central para las fiestas extraordinarias de la Coronación y varias comisiones—propaganda, asuntos eclesiásticos, artística, económica y festejos—nutridas y presididas todas ellas por ilustres personalidades valencianas. Una Asamblea posterior de señoras completó la obra preparatoria, que culminaría meses más tarde en aquellas inolvidables jornadas de los días de la Coronación en el año 23.

Reig y Casanova, príncipe de la Iglesia, y valenciano neto, dió tal impulso a la gigantesca obra del montaje de las fiestas de la Coronación, movilizó tan absolutamente la piedad de sus feligreses, que Dios quiso premiarle concediéndole el imperecedero honor de coronar a la Reina

de los Cielos, en Valencia, el 12 de mayo de 1923, en presencia de una multitud que rebasaba las 50.000 personas, de altas dignidades eclesiásticas que acudieron para aquel acto, de Sus Majestades los reyes de España, de un pueblo cuyo fervor y cariño por su Virgen no tiene par en la historia de la catolicidad.

Las alocuciones pastorales del Arzobispo, los trabajos de sus miles de colaboradores, el apoyo entusiasta de las autoridades, la influencia decisiva de la aportación prestada por el pueblo valenciano hicieron posible el milagro de aquellas fiestas en las que pese a reunir una avalancha imponente de gentes venidas de todas partes a las aglomeraciones sucesivas que se produjeron, al desbordamiento entusiástico de Valencia entera, todo se desarrolló en el mejor orden y concierto sin que hubiese que lamentar el más pequeño incidente, el menor suceso desagradable, la anomalía normal propia de casos como estos. Y las voces portadoras de intenciones malsanas se acallaron, pues el clamor popular impuso un paréntesis de respeto y plebiscitariamente dijo cual era el camino a seguir. Pero pasó aquello, los gobernantes continuaron claudicando y España rodó años más tarde por la pendiente que habría de conducirla al desastre.

Por aquellas fechas salió a la luz como vocero de las fiestas una publicación quincenal—"Mater Desertorum"—de cuya aceptación habla bien su tirada: seis mil ejemplares. En ella se recogieron todas las iniciativas, todas las aportaciones, todos los donativos, toda la propaganda de las fiestas.

Se abrió una suscripción pública a la que concurrieron más de quince mil donantes y en la que figuraban lo mismo la aportación de miles de pesetas que el óbolo de cinco y diez céntimos, pues hasta de tan modesta cuantía los hubo. Alcanzó el volumen total de 533.516,11 pesetas.

En otra lista se daba constancia de los donativos en alhajas destinadas a la fabricación de la nueva corona y nimbo. El artífice encargado de la confección de tan preciada joya fué el renombrado señor Sugrañes, quien aportó no sólo su competencia destacadísima, sino que también su celo y desinterés. Se le dijo que procurase mantener una línea que no se apartase mucho de la corona de perlas que hasta entonces llevara la sagrada imagen. Se le dijo también que procurase entonarla en sentido renacentista. Ambos propósitos fueron logrados plenamente, incluso superados, pues de sus cinceles salió una joya de valor artístico espléndido. Se fabricó con oro fundido de las alhajas donadas, que alcanzó una ley de 900 milésimas y pesó 2.800 gramos. Tenía 25 centímetros de altura, 25 de diámetro en su parte media y estaba dividida en ocho partes. Figuraban en ella 4835 brillantes, 3.082 brillantes rosa, 656 perlas, 16 esmeraldas, siete amatistas, ocho topacios, cuatro ópalos, 60 medias perlas y cinco zafiros, que sumaban un total de 8.673 piedras preciosas. El valor aproximado de la corona se calculaba entonces en unas 600.000 pesetas.

En la confección del nimbo intervinieron el referido señor Sugrañes en la parte de joyería y el también renombrado señor Orrico en la de orfebrería. El oro de su fabricación también tenía una ley de 900 milésimas y los refuerzos interiores eran de plata. Su diámetro era de 76 centímetros y el peso del oro 4.182 gramos. Su estilo,

## PLURA UT UNUM

renacimiento puro. El disco tenía un ancho de 38 centímetros. Llevaba quince rayos de oro rematados con 15 estrellas. Figuraban en él 298 brillantes, 1.313 diamantes y rosas, 700 perlas de diversos tamaños, 32 medias perlas, 43 topacios, 15 amatistas, 36 esmeraldas, 13 turquesas, 172 rubies, tres ópalos y 155 zafiros que sumaban un total de 3.183 piedras preciosas.

Esta fué la ofrenda de Valencia a su Patrona, ofrenda producto de privaciones y sacrificios dignos cada uno de ellos de una antología admirable y que la anti-España ofendió y vilipendió robándola y entregándola para fines siniestros.

Las fiestas propiamente dichas de la Coronación abarcaron un periodo de diez días. Valencia toda se vistió con sus mejores y posibles galas de entonces, habida cuenta del ambiente que reinaba por aquella época, de los compromisos políticos que frenaban a muchos, de los prejuicios de partido que retenían a otros, de la cobardía social que ya apuntaba entonces, de la falta de espontaneidad, en una palabra. Así y todo, "aquello" tan sólo podría superarlo un acontecimiento como el que celebra nuestra ciudad estos días—bodas de plata de la Coronación—posible merced a la égida bajo la cual vive España su actual realidad.

Comenzó la preparación espiritual para los grandes festejos con una misión por todas las parroquias de Valencia desde el 30 de abril al 6 de mayo. Entre tanto, ya los carteles anunciadores de las fiestas reproducidos en diversos tamaños llamaban al pueblo. El original del primer premio era debido al artista valenciano señor Canet; el segundo premio era de Arturo Ballester, dibujo estilizado que se reprodujo en programas y sellos de propaganda.

El día 11 de mayo fué trasladada la imagen a la Catedral. Desde el año de su centenario, que no había salido de su capilla. Salió sin corona y el entusiasmo popular se desbordó como nunca aclamándola y vitoreándola. En la Catedral era imposible contener el inmenso gentío que se apretujaba mientras en la calle miles de personas pugnan por entrar. Las puertas de la Catedral permanecieron abiertas desde entonces para dar paso a que el pueblo valenciano visitase a su Madre. Por la tarde se cantó una salve y desfilaron todas las parroquias.

Al día siguiente, 12 de mayo, ofició de pontifical el Cardenal Reig. Pronunció el sermón el Obispo de Mallorca don Rigoberto Domenech, hoy Arzobispo de Zaragoza. En el altar, la corona. Fué bendecida. Después, por las calles del Salvador y Trinitarios siguió la procesión hasta llegar al sitio señalado para la Coronación, bajada del Puente del Real, en la confluencia de las plazas del Temple y de Tetuán, donde se aglomeraba una multitud de más de cincuenta mil personas. El paso de la Virgen fué una apoteosis triunfal y estallante de vítores, aclamaciones, lluvia de flores, plegarias, cánticos, ovaciones delirantes.

En la procesión figuraban los Cardenales Reig y Casanova, Nuncio de Su Santidad monseñor Tedeschini, Cardenal Benlloch y Vivó, Obispo de Mallorca Rigoberto Domenech; de Vich, Francisco Muñoz; de Cádiz, López Criado; de Orihuela, Javier Irastorza; de Jaca, Frutos Valiente; de Manila y dimisionario de Valencia, Bernardino Nozaleda; de Segorbe, fray Luis Amigó, Vicario Apostólico de Marruecos; Obispo titular de Fessea, Francisco María Cervera; Vicario Capitular de Ibiza, Vicente Serra; alcalde de Valencia, don Juan Artal, con el Ayuntamiento en Corporación. El alcalde era portador de la corona.

Presidente de la Diputación Jiménez de Bentrosa; capitán general, marqués de Sotelo; comandante de Marina, presidente de la Audiencia...

La llegada de la Virgen al trono en el que se la iba a coronar fué apoteósica. En el puente del Real, la Guardia Real en traje de gala con sus corazas rutilantes al sol; cubriendo la carrera de la Virgen, las tropas; los cañones del cuartel de Artillería lanzando salvas; palomas blancas revoloteando junto al trono, tracas estallantes, ovaciones de delirio y en la tribuna regia los reyes de España don Alfonso y doña Victoria con su séquito.

El Cardenal Reig, recibida la corona de manos del alcalde, subió la escalinata que le acercaba a la Virgen y en medio de gran emoción bendijo al pueblo y a los reyes y coronó pontificiamente la imagen de la Virgen. Luego pronunció unas palabras de gracias entre lágrimas y ovaciones. Los reyes quedaron maravillados y cayeron postros de rodillas cuando las trompetas militares lanzaban al espacio las notas del himno nacional mientras miles de voces entonaban el himno oficial de la Coronación, letra de Juan García y música de Romeu.

La Virgen, una vez coronada, fué llevada procesionalmente a la Catedral por las calles de Tetuán, Conde de Montornés, plaza de la Congregación, Trinquete de Caballeros, Palau y ya en la Catedral se cantó un solemne Te Deum.

La presencia de los reyes, de representantes del Cuerpo Diplomático, de príncipes de la Iglesia y de los Obispos, el entusiasmo popular, los solemnes pontificales en la Catedral, en los que siempre hicieron uso de la palabra oradores sagrados eminentes, la indulgencia plenaria concedida, la procesión triunfal de la Virgen, las galas de ópera en el Principal, la representación del "Retablo Mariano", de Víctor Espinós, el adorno de las calles valentinas en el que intervinieron artistas como Benlliure, Stoltz, Cebrián Mezquita..., los altares de flores en la plaza de la Virgen, el adorno de la fuente de dicha plaza, las sesiones de la Asamblea Mariana, tan fructíferas; las publicaciones que con ocasión de la coronación se hicieron merced al celo de la Real Cofradía de la Virgen de los Desamparados, las iluminaciones extraordinarias que engalanaban Valencia por la noche, las limosnas abundantes, la recepción en Capitanía, el banquete en el Palacio Arzobispal a los Reyes, la presencia de la escuadra de guerra en el puerto, las corridas de toros y partidos de fútbol, el tan comentado proyecto de templo monumental a la Virgen, la revista militar de la reina a su regimiento en la Alameda, la esplendorosa cabalgata histórico-religiosa en la que intervinieron los artistas valencianos consiguiendo un alarde de buen gusto al servicio del patriótico fin para el que se les había requerido, el constante derroche de flores de que Valencia hizo gala agotando toda la producción de su huerta y de sus jardines, la fantástica batalla de flores cuyo coste ascendió entonces a 50.000 pesetas, con tan sólo un par en su historial, la que le precedió en el tiempo con ocasión de la Exposición Regional; los himnos oficial y "Valencia Canta", los fuegos artificiales sucediéndose en ininterrumpida exclamación pictórica colorista y ruidosa, la solemnisima devolución de la Virgen coronada desde la Catedral a su Real Capilla el día 19 de mayo de 1923 constituyeron la síntesis de unos festejos con motivo de la Coronación pontificia de la Virgen de los Desamparados, definidores del sentir religioso del pueblo de Valencia, concretado en su locura de amor hacia su Virgen de los Desamparados.

*Ramón Ferrando Llacer*

*Periodista*



# ANTE LA IMAGEN DE NTRA. SRA. DE LOS DESAMPARADOS

## CONTEMPLACIÓN

No se hizo la imagen de la Virgen de los Desamparados para estar de pie; se hizo como imagen yacente. Pero andando los tiempos y creciendo la devoción del pueblo valenciano hacia la que un día había de ser su Patrona, cambiósela de posición y se la puso de pie sobre una peana, añadiéndole las figuras de los dos inocentes que lleva arrodillados a sus plantas.

Dice la leyenda popular que esta santa imagen la hicieron los ángeles; y si la verdad histórica no concuerda con esta piadosa leyenda, a poco que nos fijemos en las particularidades de este singular simulacro, llegaremos al convencimiento íntimo de que si no la hicieron los ángeles, estos debieron llevar la mano de su autor para que no errara y pudiera, con los cinceles, dejar plasmada en materia inerte lo que en su imaginación concibiera, dotando así a la naciente Cofradía amparadora *dels follis i dels innocents y desamparats*, de un símbolo adecuado para expresar sus fines y dar forma a los sentimientos internos de aquellos beneméritos patricios que la fundaron.

¿Por qué se la puso de pie?... ¿Fue una idea inconsciente del pueblo devoto, o fue una espontánea intuición inspirada por Dios para que la imagen de la Virgen adquiriera la posición que más convenía al título dulcísimo de Madre de los Desamparados que ya en los primeros momentos se le diera?

Estudiémosla detenidamente y hagamos algunas consideraciones piadosas que nos muevan a devoción hacia la que es Reina y Madre de todos los valencianos.

Para apoyar la cabeza, de la imagen yacente sobre el almohadón, dispuso el artista que la labró, tuviera la cabeza un poco levantada, y al ponerla de pie quedó con ella inclinada notablemente y es esta una de las principales características de esta sagrada efigie. Pero ¿qué posición más adecuada podría dársele que cuadrara mejor con el suavísimo título que ostenta? Sin duda alguna ni su mismo autor pudo soñarlo.

En efecto: no mira la Virgen al cielo. No aparece tampoco con la vista reconcentrada como si estuviera absorta en profunda meditación. La Virgen mira a la tierra, y... ¿a dónde debía mirar sino a este valle de lágrimas donde lloran y gimen los desterrados hijos de Eva sumidos en los mayores desamparos? La Virgen nos mira y se compadece de nosotros. Ve nuestras miserias; ve nuestras necesidades; ve nuestras preocupaciones; ve nuestras penas, y lo que es más consolador, inclina también su cabeza para oír nuestras plegarias, escuchar nuestros ruegos, atender nuestras súplicas, recoger amantísima nuestras humildes alabanzas, nuestras fervorosas acciones de gracias y nuestros propósitos de amarla y servirla hasta morir.

Acerquémonos a Ella con grandísima confianza. Oigamos cómo inclinando la cabeza nos dice: ¿Qué quieres?... ¿Qué pides... ¿Qué te apena?... Y a cada pregunta parece que se inclina más hacia nosotros para ponerse en contacto con nuestro atribulado corazón; para infundirnos más confianza; para hacernos sentir más de cerca la cariñosa voz de la Madre; voz que encierra en sí todas las armonías, todas las dulzuras; todas esas gratas resonancias que inflaman los corazones y los ponen a punto de estallar cuando el alma se siente amada no ya por una madre terrena, sino por la misma Madre de Dios que no se desdeña en llamarse también Madre nuestra.

Sí, Madre querida: vuelve a nosotros esos tus ojos mi-

sericordiosos. Mira; mira a esta humanidad doliente; mira a los que sufren; mira a los que lloran, mira a los que viven apartados de vuestro Hijo; mira a los inocentes niños; mira a los jóvenes que se ven rodeados de tantos peligros; mira, mira. Miranos a todos, Madre querida, y compadécete de nuestras necesidades y miserias.

Y que la Madre de los Desamparados se compadece de nosotros nos lo muestra la expresión tiernísima de su rostro.

¿Qué mano que no fuera guiada por los ángeles pudo imprimir en él esa indefinible expresión de ternura que tanta impresión nos causa cuando oprimidos por alguna pena acudimos a nuestra Madre amparadora? ¿Llora la Virgen?... ¿Sonríe la Virgen?... ¿Quién es capaz de definirlo? Otras imágenes de la Virgen tienen cierta expresión hierática que infunde respeto y casi temor; otras expresan intenso dolor y aguda pena; otras..., sí, otras y otras... expresan los más diversos afectos; pero la Madre de los Desamparados tiene la expresión peculiar de una madre compasiva; de una madre atenta al dolor de sus hijos; de una madre apenada al ver las miserias que torturan el corazón de los hombres, y parece quiere reprimir el llanto para no afligirlos más. La Virgen no llora; la Virgen no sonríe, pero hace llorar y hace sonreír a los que devotamente la contemplan. El rostro de la Virgen es dulce, es amable, es tierno, es acogedor; es la expresión suma de la bondad, del amor, del cariño. Es el rostro propio de la que se titula, y es Madre de los Desamparados. ¿Qué mano que no fuera guiada por los ángeles pudo labrar cosa más sublime y maravillosa?...

Pero sigamos nuestra contemplación.

Lleva su manto extendido y debajo del mismo dos inocentes mártires de Cristo.

Y ¿por qué lleva el manto extendido? Pues lo lleva así para proteger, para amparar, para defender a los que acuden a Ella en busca de consuelo en sus aflicciones, en busca de remedio para sus necesidades, en busca de un refugio contra los asaltos del enemigo de nuestras almas.

Digamos, pues, con toda confianza. Bajo vuestro amparo nos acogemos. Santa Madre de Dios. No desechéis nuestras súplicas, antes bien atendedlas y despachadlas favorablemente, oh Virgen gloriosa y bendita.

Lleva además la Virgen dos inocentes a sus pies, pero ¿sólo caben allí, los inocentes?... No; allí también pueden cobijarse los pecadores, porque si es Madre de los Desamparados ¿qué mayor desamparo que el haber perdido la gracia santificante?

¡Oh! ¡Qué consuelo éste tan grande, Madre querida! Nos acercamos a Vos reconociéndonos indignos de vuestro amor por nuestra desleal conducta para con vuestro Hijo. Le hemos ofendido; le hemos puesto en la cruz; nos hemos apartado de El y con ello os hemos disgustado a Vos, Madre querida. Pero henos aquí arrepentidos; doliéndonos de nuestras culpas, resueltos a no cometerlas jamás y esperanzados en que Vos, haciendo honor a vuestro glorioso título, nos cubriréis con vuestro manto y nos alcanzaréis el perdón.

La Virgen de los Desamparados lleva el manto extendido, y debajo del mismo cabemos todos. Los inocentes y los pecadores; los sanos y los enfermos; los que su-

## PLURA UT UNUM

fren y los que gozan; los ricos y los pobres; los sabios y los ignorantes; los que gozan las alegrías y esperanzas de la juventud y los que sienten agotadas sus energías y caminan ya hacia el ocaso de la vida; los que vienen al mundo y los que luchan con las agonías de la muerte. Si; la Virgen nos ampara a todos y en todos los instantes de la vida. Confortemos nuestro espíritu con esta confianza y clamemos:

Si vos causen pena dura  
nostres greus necessitats  
ampareu nos Verge pura  
Mare dels Desamparats.

Pongamos ahora nuestra atención en su mano derecha. ¿Qué lleva en ella?... Una azucena. Un cándido lirio blanco símbolo de la pureza. Y no lo tiene en posición de guardarlo para sí. Está como ofreciéndolo a los que la contemplan y devotamente la invocan. Y aquí debemos otra vez reparar en su rostro benditísimo. ¿Qué dicen sus labios dulcísimos?...

¿Qué su tierna y compasiva mirada?... ¿Qué su gesto conmovedor?... Toma, dice. Toma, hijo mío, este lirio immaculado. Plántalo en tu corazón y procura que en él crezca lozano y hermoso. Que la virtud de la pureza resplandezca en tu alma presidiendo todas las demás virtudes. Acérquémonos, pues, a Ella todos, y tomemos de su mano esta sublime presea. El niño; el joven; el hombre de edad madura; el anciano decrepito. Todos, sí, todos. Tomemos ese lirio immaculado y que él sea en adelante el emblema y la divisa de nuestro pensar, de nuestro sentir; de nuestro hablar, de nuestro obrar y de nuestro vivir. Pensar castamente; sentir castamente; hablar castamente, obrar y vivir siempre, siempre castamente para merecer el sobrenombre glorioso de hijos de la Virgen Inmaculada y casta.

¡Madre nuestra amantísima! Castos queremos ser; castos queremos vivir; castos queremos morir. Dadnos ese purísimo lirio que tienes en tu mano, y una vez plantado en nuestro corazón, riégalo con tu gracia para que no se marchite jamás.

Y si lo hacemos así, ¡qué contenta se pondrá nuestra

Madre! Entonces sí que podremos ser dignos de vivir bajo su manto protector. Pero tengamos en cuenta que el buen hijo ha de vivir enteramente para su madre. Amarla con ternura; servirla con fidelidad y constancia; honrarla con todo respeto y veneración como fué amada, servida y honrada por su Hijo benditísimo Jesús, al que sosteniéndolo sobre su brazo izquierdo nos lo muestra a fin de que nos sirva de modelo. Jesús niño; Jesús adolescente; Jesús Maestro. ¡Cuánto tenemos que aprender de Él! ¡Cuánto que imitar!... ¿Cómo vivió?... ¿Cómo habló?... ¿Cómo obró?... Mirad; nos dice la Virgen. Aquí teneis a mi hijo. Si quereis agradarme imitadle. Por ser yo madre vuestra sois hermanos de Cristo, mi Hijo querido. ¿Habéis sido hasta ahora como Él?... ¿Quereislo ser en adelante?... Pues miradle ya desde niño cargadito con la cruz. Así os quiere Él y así os quiero yo. Tomad, pues, vuestra cruz y llevarla con resignación; con paciencia; con constancia; con alegría. La cruz es el camino de la gloria. La cruz de vuestro estado; la cruz de vuestras aflicciones; la cruz de vuestros defectos; la cruz de vuestras pasiones. Sí, sí: Subid al Calvario con ella acompañando a mi Hijo. El también la llevó, y muy pesada por cierto. No seáis cobardes y no la dejéis hasta morir. Si sentís flaqueza pedidme fuerza. Si encontráis dificultades venid a mi y os ayudaré a salvarlas. Sí, Madre querida. Aceptamos la cruz y nos ofrecemos a llevarla constantes hasta la muerte. Que no nos falte jamás el valor necesario para vencer las repugnancias que pueda ofrecernos nuestra sensualidad. Nuestra mayor gloria la cruz; nuestro lecho de muerte la cruz. Nuestra entrada en el Cielo con la cruz y por la cruz.

\* \* \*

Contemplemos, pues, con devoción la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados. Meditemos atentamente lo que simboliza cada uno de sus rasgos característicos y saquemos de esta contemplación fervor, confianza y amor sin límites a la que es nuestra gloria, nuestra esperanza, nuestra alegría, nuestra defensa, y que Ella nos haga dignos de gozar para siempre las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

Emilio Lluch Arnal

Director de número del Centro de Cultura Valenciana  
Inspector Municipal de 1.ª Enseñanza

(Viene de la pág. 239)

## RESPLANDECERÁ COMO UNA ESTRELLA...

escolástica de la Universidad de Alcalá, donde estudió nuestro Maestro en la época de su mayor esplendor, estaban debidamente hermanadas la fuerza apostólica y vitalidad interior con precisión teológica y exactitud de conceptos. Porque nuestro Beato, admirable propagandista de la doctrina católica de la gracia, seguidor infatigable de San Pablo y San Agustín, defensor acérrimo de la eficacia de los Sacramentos, cuya doctrina se puntualizó por aquellos tiempos en Trento, y por lo que se refiere a la Comunión frecuente en el fecundo pontificado del inmortal Pío X, demuestra que salía de un corazón convencido, lo que enseñó hasta la muerte.

Preferimos, en fin, ser parcos, a lo Granada, y remedar la filosofía del orador de Arpino: *Qui mortem in malis ponit, non potest eam non timere*, "quien pone entre los males a la muerte, no pude menos de temerla", con las palabras de Nuestro Señor: *Qui fecerit et docuerit, hic magnus vocabitur in regno caelorum* (Mt. 5), "el que hiciere y enseñare será grande en el Reino de los cielos", y quizá de un modo más explícito con: *Los que*

*fueron justos resplandecerán como el cielo; mas los que enseñan a otros a serlo, resplandecerán como estrellas en perpetuas eternidades* (Daniel, 12).

Y esto—concluyamos con Fray Luis de Granada— nos pronostica en este *Servicio de Dios el día en que nació, que fué de la Epifanía, donde la estrella guió a aquellos santos Reyes al pesebre del Salvador; pronosticándonos en esto que el Niño que ese día nació había de ser estrella resplandeciente en la Iglesia de Dios, que había de encaminar muchas ánimas al servicio de su Criador* (9).

Martirián Brunsó, Pbro.

(9) O. c., pág. 172.

\* \* \*

Estas líneas fueron escritas para el número 75 (Mayo 1947), que luego se dedicó a Nuestra Señora de Montserrat con motivo de la Solemne Coronación. En este lapso de tiempo han aparecido la obra *Destellos sacerdotales—Vida del Bto. Maestro Juan de Avila, por L. Castán, Pbro., 500 páginas con más de 120 ilustraciones (35 ptas.) Seminario de Lérida, y la obrita Fuego de Cruzado, por el M. I. Sr. Ildefonso Romero, Pbro., 90 págs. con viñetas a dos tintas (2 ptas.) en la colección Semblanzas sacerdotales—Publicaciones de la Unión Apostólica. — Olaguibel, 18, 2.º, Vitoria. — Las recomendamos vivamente a nuestros lectores.*

## El voto Asuncionista de la Diócesis Valencina

Quien haya estado siquiera horas en Valencia, durante los últimos quince días, ha de sentir todavía el escalofrío de lo grandioso, de lo inefable, de lo histórico.

Valencia ha vivido desde el 25 de abril al 9 de mayo los mejores días de su historia. Ha dado suelta a los grandes raudales de su entusiasmo, de su natural explosivo y mediterráneo, de su apasionado amor a la Virgen de los Desamparados.

Sin embargo, si hubiéramos de elegir un momento entre muchos inenarrable de estos días, como símbolo de lo que fueron, nos decidiríamos sin titubear por las cinco de la tarde del sábado 8 de mayo, festividad litúrgica de la Virgen de los Desamparados.

La ciudad, durante todo el día, no era sólo la ciudad. Era toda la diócesis, que como abarca parte de las tres provincias, podía considerarse representante de todo el reino, y de todos cuantos fuera de él, dentro de España, y allende los mares, sienten y aman entrañablemente la advocación valenciana de Nuestra Señora.

Sus calles, desde la madrugada, cuando habían sido recorridas por millares de hombres, en hermosísimo Rosario de la Aurora, que presidió el excelentísimo y reverendísimo señor Obispo de Teruel, semejaban, por el desbordar de sus gentes, a sus canales y acequias, en los días de avenida del Turia en que no hay modo de contenerlos, desbordan por doquier; y así estas calles—aun las de la gran ciudad moderna—eran incapaces para tantas gentes, para tantos cortejos marianos, para tanto entusiasmo, para tanta traca, para tanta flor.

Las más veneradas imágenes marianas de la diócesis cruzaban la ciudad para reunirse en la plaza de Tetuan, cabe la antigua celda de San Vicente Ferrer—heraldo de la ciudad en este acto—, acompañadas de miles de los hijos de cada pueblo, llegados, en incontables romerías, desde la tarde anterior. Y desfilaban todas para saludar a la Patrona de Valencia en su basílica, en inacabable desfile de cinco horas.

El ambiente de Valencia rezumaba por todas partes, fervor e ilusión mariana. ¡Si esto fué ahora, qué será esta tarde!...

Y así fué. Como se pensaba, un acto único en el mundo. Como se ilusionaba, un acto histórico para Valencia, para su devoción mariana, para todos sus hijos, y los de todo su reino. Un acto cuya crónica sólo las mejores plumas podrían diseñar, nunca describir en toda su magnitud.

Entre sonoros cantos de campanas, estruendos de tracas, lluvia inacabable de flores, a las cuatro de la tarde han vuelto a salir de nuestra Catedral Basílica Metropolitana las veneradas imágenes marianas, en número de 32, acompañadas por inmenso cortejo de más de 500 banderas de la Acción Católica y Asociaciones marianas, con 600 seminaristas y el Cabildo y la Junta de la Real Cofradía de Nuestra Señora. Y va lentamente abriéndose paso, como un regante de agua en la tierra bien labrada de una densa y enardecida muchedumbre, para llegar a la gran plaza del Caudillo, en el corazón de la ciudad.

No menos de 200.000 almas se han reunido en la plaza, en orden perfecto, gracias a una cuidadísima organización. Es Valencia, es su diócesis, es... el viejo reino valenciano todo entero en su plaza señera, la gran plaza de armas de la Valencia de hoy, que no cabiendo en sus

amplias calzadas se arracima en maravillosos encajes humanos, en balcones, cornisas, torretas, arboledas, tejados, portadas de sus grandes edificios...

Todo cuanto algo significa en Valencia, en sus ciudades, en sus pueblos, se halla allí reunido, cuando llegan hasta el gran tablado central las más veneradas imágenes marianas de todas sus tierras levantinas.

Junto a su veneradísimo e incomparable Prelado, el Arzobispo doctor don Marcelino Olaechea, se hallan cinco Prelados más, valencianos o sufragáneos de esta metropolitana, y el Arzobispo de Zaragoza y Obispos de Teruel, Ibiza, Palma y Solsona; e incluso un querido Arzobispo americano—M. Linon—que hace presente en la plaza el alma americana tan devota de Nuestra Señora del Amparo... Y con ellos el excelentísimo señor ministro de Justicia, y los directores generales de Asuntos Eclesiásticos, de Educación Primaria, de Archivos y Bibliotecas. Y todas las autoridades valencianas; y el pleno de sus Corporaciones representativas: la Audiencia, la Milicia, la Nobleza, la Universidad. Todos los Ayuntamientos de la diócesis—muchos de ellos con sus maceros y alguaciles—, claro que con el de Valencia a su cabeza, y con ellos su Diputación y el Consejo Provincial de F. E. T. y de las Jons, y el Frente de Juventudes y su Sección Femenina, y ochenta dirigentes provinciales de sus Sindicatos, y junto a ellos numerosísima representación de todo el Clero Diocesano, regular y secular, todo el conjunto de los dirigentes de su Acción Católica; incontables comisiones del Voto en los Arciprestazgos y en los pueblos todos en más de 200 delegaciones...

Cuando la Virgen de los Desamparados ha sido colocada en su trono de la plaza, rodeada de aquellas 31 imágenes, que representan tanto en la historia y en el amor de los valencianos, la emoción estalla en una tempestad de aplausos y de vítores que sólo es posible dominar a través de los micrófonos, para encauzarlo hacia las estrofas del hermosísimo himno oficial de la Coronación de Nuestra Virgen.

¡Y qué unción, qué recogida y apretada unción, cuando el excelentísimo y reverendísimo señor Arzobispo de Valencia pronuncia su alocución—hermosísima—preparatoria del gran juramento!

Es este el momento culminante para mí de estos tremendamente hermosos días del XXV aniversario de la Coronación de la Virgen de los Desamparados. Es este aquel en que se contiene toda la emoción, todo el fervor, toda la ilusión por las glorias de Nuestra Madre, de este pueblo tan entusiásticamente mariano. Es este cuando Valencia escribe una imborrable página de su historia, acaso de la historia mariana de todo el mundo.

Hermosa alocución la de nuestro Arzobispo, maestro en alocuciones, y peritísimo por su gran amor, por su gran doctrina, sobre la Virgen Madre... Hermosa letanía de las Virgenes allí presentes, que el pueblo—un pueblo de más de 200.000 almas—va contestando en atronadores "Rogad por nosotros", en los que pone su vida toda...

Hermosa confesión que recibe el Prelado, que testifican seis Obispos y Arzobispos más, que pronuncian ministros, generales, nobles, jueces, académicos, jerarquías, con su Clero todo, con su pueblo todo, en nombre de esta diócesis... ¡Si ... ¡Si!... ¡Si!...

Juramos profesar, propugnar, defender estos inefables misterios que orlan la corona de nuestra Madre. Juramos

## PLURA UT UNUM

solemnemente derramar nuestra sangre, para cumplir este solemne voto que ahora emitimos. Juramos hacerlo hasta conseguir—en súplica humildísima, pero fervorosisima ante el Santo Padre—que sea definido dogma de fe este infame misterio, que es fe profunda, entrañable, viejísima de nuestro pueblo valenciano.

Juramos, como juraron hace muchos años nuestros Obispos, juramos como juraron en 1942 ante el Pilar nuestra Universidad—la primera que jurara defender el Misterio de la Inmaculada Concepción a principios del siglo XVI, llevándola en su escudo—, como nuestra Corporación Municipal, como las de Onteniente y Alcira, verbigracia, como juraron nuestros Hombres de Acción Católica en la Catedral de la Asunción de la Señora, como nuestro Colegio de Abogados ante nuestro Prelado y el ministro de Justicia en diciembre último, como tantas corporaciones y entidades han jurado en la diócesis en los últimos años...

Juramos todos en verdad, sobre los Evangelios, que muchos llevaban en su mano, al pronunciar este solemne voto. Y aquellos ¡Sí! resonaban en toda la ciudad, a través de la radio, en las cabeceras de los enfermos, en los hospitales, en las cárceles, en todos los pueblos, y parecía oírse el eco de dos millones de almas del reino, repitiendo enamorados ¡Sí!

Crearle ya lo creíamos. Conocer el Misterio, en lo posible, ya lo conocía este pueblo que tiene consagrados a la Asunción más de 30 templos con sus catedrales todas; que dedica a la Asunción sus mejores fiestas de agosto, sus más abundantes fuegos de artificio, sus más ruidosas y populares fiestas lugareñas...

Pero es que desde hoy quedamos ligados a la Señora de un modo más fuerte. Hemos jurado, solemnemente, firmemente, decididamente, propagar y defender si preciso fuere esta creencia, hasta hacer que sea proclamada Dogma de Fe. Hoy nos hemos armado caballeros de la Asunción nada menos que dos millones de valencianos, en alma, y más de 200.000 en cuerpo y alma presentes.

Y nuestro voto no quedará sólo en este acto histórico, admirable, de la tarde del 8 de mayo, no.

Para probar su verdad han quedado ya dos pruebas irrefutables: Una fué la misma tarde; seguidamente a la promesa, la prueba de la realidad de sus sentimientos en

una ofrenda de flores, de frutos, de productos de la artesanía, de las fábricas, de los artistas valencianos a Nuestra Señora, para sus desamparados los pobres, que alcanzan acaso el medio millón de pesetas. Traíanla en sus manos cientos de muchachas de todos los rincones de la diócesis, ataviadas con sus trajes típicos variadísimos, acompañadas de sus bandas y comparsas tradicionales, de sus equipos de danzantes, de juegos, de cada comarca; traían la ilusión de ofrecer a la Madre un poco de cada casa para sus necesidades, a través del Banco de la Virgen de los Desamparados; traíanla variada, hermosísima, cuidada, emocionada...

¡Qué hermosas dos horas las que siguieron a la del Voto, aquellas de la Ofrenda!... ¡Qué contento el de las oferentes! ¡Qué gozo el de nuestro Prelado! ¡Qué alegre, qué amoroso el rostro de nuestra Madre que presidía el acto!...

Y la segunda está forjándose de manera admirable. Dejará escrita, en obras inapreciables, el voto de cada entidad, de cada corporación de cada instituto. Son docenas y docenas de pergaminos, elaborados por esta serie de inigualables artistas valencianos, en los que cada entidad ha volcado su fe, y cada artista su inspiración, y cada cuerpo su amor...

No ha podido cerrarse el plazo de admisión de estos pergaminos y documentos llegados a cientos de toda la diócesis, porque cada día llegan más y más, y cada día más hermosos, y más encendidos...

Ansian todos llegar a los pies de Su Santidad en una unánime y filial súplica: *Que sea declarado prontamente dogma de fe este infame Misterio, esta creencia universal*, en la Asunción corpórea de nuestra Señora, libre de la corrupción del sepulcro en la Gloria, en la que es nuestra Mediadora, nuestra Madre, nuestra Protectora...

Y llegarán, llegarán, y quien sabe si este torrente de aplausos, de vitores, de promesas, de lágrimas, de gracias, de amor a nuestra Madre, de súplicas, para que se engarce en su corona de privilegios, formalmente este de la Asunción no será la gota que colme la necesidad de súplicas en su Hijo... Quién sabe si las cinco de la tarde del 8 de mayo de 1948 en Valencia, no señalarán un momento señero en la historia mariana del mundo, tan necesitado de la Mediación y de la Maternidad de Nuestra Señora... ¡Quién sabe!...

José M.<sup>a</sup> Haro

Presidente diocesano de los Hombres de A. C. — Miembro de la Comisión del Voto. — Magistrado decano de Trabajo Director del Banco de la Virgen de los Desamparados

## LETRAS PONTIFICIAS

El corazón paternal de S. S. Pío XII, no podía permanecer silencioso ante el avasallador oleaje de espiritualidad con que venía proclamando Valencia las Bodas de Plata de la Coronación Pontificia de su Virgen de los Desamparados.

No le bastaba haber concedido el carácter de Basilica Menor a la hasta entonces Real Capilla, precisábale dar una muestra de amor a este pueblo, adelantado en las lides espirituales, del gozo grande que inundaba su paternal corazón, y he aquí el resultado:

«CIUDAD DEL VATICANO. — El celebrarse solemnemente XXV aniversario de la Coronación canónica de la Virgen de los Desamparados con gozo y piedad entera región, nos complacemos en dirigirnos a esos amados hijos, a los que acompañamos en espíritu para honrar a la Madre de Dios, felicitándoles y exhortándoles a ofrecer a su excelsa Patrona el filial homenaje de su devoción y el propósito de una fervorosa vida cristiana practicada en la formación y pureza de las juventudes, en la santidad del hogar familiar, en la caridad fraterna, especialmente con los necesitados y en la justicia social para que, con la oración y el trabajo, resplandezcan con nuevo brillo las

virtudes de ese pueblo fiel en verdaderos frutos de buenas obras, mientras que de todo corazón otorgamos a V. E., preladados, autoridades, clero y fieles, nuestra bendición apostólica — Pius Papa XII».

Ante incomparable delicadeza, el Excmo. y Rvdmo. señor Arzobispo no pudo por menos de contestar:

«Piadosísimo pueblo Archidiócesis Valentina, presidido preladados, autoridades, clero secular y regular reunido en esta capital celebración entusiasmo delirante e inenarrable fiestas vigésimoquinto aniversario Coronación Canónica Nuestra Señora de los Desamparados, ha recibido con indecible gozo y filial gratitud, mensaje telegráfico vuestra santidad, delicadísima muestra corazón paternal dulce Cristo en la tierra.

Renueva ardientemente testimonio fidelísima adhesión y devoción y promete trabajar incansable por fervorosa vida cristiana practicada en formación y pureza juventudes, santidad hogar familiar, caridad fraterna necesitados y justicia social; esperando con oración y trabajo, hacer resplandecer nuevo brillo virtudes tradicionales este pueblo fiel, mientras recibe enternecido de rodillas paterna bendición de vuestra Santidad. — Marcelino. — Arzobispo de Valencia».

# La Mare de Deu dels Desamparats

## Generalísima del Ejército

La nonda y sincera religiosidad del pueblo español le ha hecho buscar siempre una interpretación providencialista a los más destacados episodios de su Historia, por conocer bien la limitación de las fuerzas humanas y su inevitable sumisión a los eternos designios del Señor. A nuestro glorioso Patrón el Apóstol Santiago se le han atribuido no pocas páginas decisivas de nuestra epopeya medieval, y en otras muchas ocasiones ha sido considerada la Santísima Virgen María como forjadora de nuestras victorias militares, otorgándosele con este motivo los debidos honores.

Singular relieve entre ellas tiene el hecho que originó la concesión del título de Generalísima del Ejército a la Virgen de los Desamparados por la protección dispensada a las tropas valencianas durante la Guerra de la Independencia, gesta gloriosa de nuestro pueblo que puso de relieve las innatas virtudes de la estirpe ibérica, principal artífice de la definitiva derrota de las tropas napoleónicas que pretendían dominar el mundo, y vieron morir en flor sus ilusiones al choque con el nervio del pueblo más reacio a sufrir extrañas dominaciones.

A lo largo de casi cuatro siglos de fervorosa devoción a la Virgen de los Inocentes y Desamparados, los valencianos habían ido depositando en la venerada imagen sus más firmes esperanzas y sus mejores anhelos. El deseo de obtener para ella parejo privilegio al que gozaba la Virgen del Pilar había movido al Cabildo a pedir el 24 de enero de 1789 con motivo de la proclamación de Carlos IV, se le concedieran honores militares que fueron denegados por entonces; pero pronto había de presentarse ocasión de repetir la pretensión en circunstancias tan propicias que el mismo capitán general de Valencia hiciera propia la demanda del pueblo y posible la satisfacción de su deseo.

Corría el mes de mayo de 1808, en que Madrid había de escribir en la Historia la singular epopeya del 2 de mayo, y Valencia llevaba de su capilla a la Catedral a la imagen original de su Virgen bien amada, para la celebración de un Triduo por el feliz reinado del recién proclamado monarca Fernando VII, que terminó el día 3, cuando los desmontes de la Moncloa eran escenario del glorioso sacrificio de los patriotas madrileños que Goya había de inmortalizar con sus pinceles. Retenida la imagen en la catedral por causa de la lluvia, fué devuelta a su capilla el día 8, y quince después comenzaba a ser considerada como Patrona y Guía de su pueblo en la cerrada guerra contra el ejército invasor.

La noticia del levantamiento del 2 de mayo debió de llegar a Valencia muy presto. Excitados los ánimos con dicho motivo, bastó que el día 23 un humilde vendedor de pajuelas, el célebre *palleter*, arengara al pueblo en la plaza del Mercado, enarbolando como bandera un trozo de su faja roja atado a una caña y colocara en la improvisada enseña un retrato de Fernando VII y una estampa de la Virgen de los Desamparados, para que todos secundaran su rebeldía y declararan la guerra a Napoleón. El movimiento fué encauzado al principio por dos hermanos comerciantes, Vicente y Manuel Bertrán de Lis, el

franciscano Padre Rico, y algunos otros, pronto desbordados por turbas impulsadas por el canónigo Baltasar Calvo que el 5 de junio asesinaron en la ciudadela a los franceses establecidos en Valencia, que aguardaban allí el momento de repatriarse por orden de la Junta local de Defensa, repitiéndose el trágico episodio al día siguiente con otro grupo de franceses.

El lamentable hecho produjo en los espíritus ecuanímenes la debida reacción, y el canónigo fué hábilmente sacado de la ciudadela con el pretexto de conferirle un puesto en la Junta. Arrestado de orden de ésta el día 7, y trasladado al castillo de Bellver de Mallorca, pronto fué traído de nuevo a Valencia para someterlo a proceso, y se le condenó a muerte, con más de doscientos de sus exaltados secuaces, como responsables de los delitos cometidos, dedicándose entonces la Junta a organizar la defensa de Valencia contra los ejércitos que la atacaban.

Deplorable era la situación de los patriotas dispuestos a defender la independencia patria frente al coloso europeo. Nuestra escuadra había salido deshecha del adverso combate de Trafalgar, a trueque de cubrirse de gloria en la acción. Nuestro ejército se había desangrado en las guerras promovidas por la República francesa y tenía importantes efectivos en las filas napoleónicas que luchaban en Dinamarca. Únicamente un triple sentimiento religioso, nacional-monárquico y regional sirvió de vínculo de unión de mal armadas e indisciplinadas masas de paisanos, y forjó el milagro de una resistencia casi imposible, que admirará siempre a propios y a extraños y constituirá una de las más brillantes páginas de nuestra Historia.

Cuando la Junta valenciana se veía obligada a adoptar apresuradamente medidas defensivas, Valencia estaba amenazada de un doble peligro: Moncey bajaba de la Meseta y forzaba el paso de las Cabrillas, mientras Chabran venía desde Barcelona por la costa, ocupando al paso Tarragona y Tortosa. Eran los días difíciles en que estaban sitiadas Zaragoza y Gerona, en que los franceses sufrían sus primeros descalabros en el Bruch y Esparraguera, y habían conquistado y abandonado Córdoba para concentrar sus fuerzas en la ribera septentrional del Guadalquivir.

Y sin embargo se hizo el milagro de cerrar el paso a Chabran, que tuvo que regresar hacia Cataluña, y de contener el ataque de Moncey, que levantó el campo el 28 de junio. La hazaña de los patriotas valencianos era tan extraordinaria que a nadie puede extrañar el que se atribuyera a la intercesión de la Virgen de los Desamparados la imprevista retirada de Moncey, y que meses más tarde, el 23, 24 y 25 de noviembre se le hicieran solemnes rogativas por el feliz éxito de la Guerra de la Independencia.

La aplastante superioridad de las armas francesas seguía imponiéndose en toda España y había logrado reducir la heroica resistencia de Zaragoza (20 de febrero de 1809), cuando el regidor de Valencia Antonio Pascual propuso el 25 de mayo la celebración de una fiesta anual el 28 de junio para agradecer a la Señora la protección

dispensada a nuestras fuerzas, aparte de un acto de desagravio a Jesús Sacramentado por las injurias que los franceses le habían inferido, y de un funeral por el alma de los soldados muertos en la lucha. No contento con ello sugirió la idea de que se nombrara a nuestra Virgen Generalísima del Ejército y que se le erigiera un nuevo templo que perpetuara la devoción y la gratitud de los valencianos. Pero aunque la idea tuvo excelente acogida y la misma Cofradía de la Virgen ofició el 6 de junio al Ayuntamiento para expresarle su propósito de levantar el nuevo templo cuando las circunstancias lo permitieran, todo quedó por el momento en la aprobación de una sugerencia, que había de tardar meses en hacerse realidad.

Vencida y humillada Austria en el tratado de Viena de 14 de octubre de 1809, Napoleón dispuso de grandes contingentes para el refuerzo de las divisiones que ya operaban en nuestro suelo, y realizó con ellos la invasión de Andalucía, obligando a la Junta Central a huir de Sevilla para refugiarse en la isla de León, donde se disolvió tras haber designado un Consejo de Regencia, que debía de convocar Cortes para la promulgación de la Constitución política de la Monarquía. Cuando los regentes tomaron posesión el 31 de enero de 1810, casi toda España estaba en poder del invasor, y los aislados núcleos de resistencia nacional quedaban reducidos a sus propios medios de defensa, en espera de que cuajara la ayuda inglesa que ofrecían los embajadores de la Gran Bretaña.

Valencia se mantenía erguida frente al invasor cuando el 6 de marzo el mariscal Suchet instaló su cuartel general en el Puig, para iniciar desde allí el definitivo ataque a la Ciudad. La existencia dentro de ésta de gentes timoratas y egoístas, dispuestas a rendirse al francés, —que llegaba en sus incursiones hasta los mismos arrabales—, parecía asegurar la próxima rendición de la plaza cuando en la noche del 10 al 11, —coincidiendo con la caída de Badajoz—, Suchet levantó el campo inesperadamente y renunció a la conquista de la Ciudad.

La reacción popular cifró en la Virgen el nuevo éxito de nuestras tropas, incapaces por sus propios medios de haber impedido la entrada de Suchet en Valencia. Interpretando los deseos de todo el pueblo, el Capitán General D. José Caro ofició el mismo día 11 al Arzobispo de Valencia implorando para la Virgen de los Desamparados el título de Generalísima de nuestro Ejército, y en breves días se satisfizo el anhelo general: el 12 oficiaba el prelado al Ayuntamiento, aprobando la propuesta del General y pidiéndole que acordase el definitivo programa de festejos; el 13 acogía el Ayuntamiento la idea con entusiasmo en sesión extraordinaria, y designaba una comisión para tratar del asunto con el Cabildo catedralicio, y el 17 publicaba el Corregidor un pregón anunciador de la ceremonia, coincidiendo con una alocución del Barón de Santa Bárbara, que en representación de la Ciudad, anunciaba vuelos generales de campanas e iluminaciones de edificios públicos en las noches del 17, 18 y 19, y rogaba al vecindario se asociara a los festejos asistiendo a las funciones, adornando las fachadas y contribuyendo a la iluminación oficial.

A las 8 de la mañana del domingo 18 de marzo de 1810 comenzó la ceremonia con el traslado desde su capilla a la Catedral de la imagen original de la Virgen de los Desamparados. Colocada en el altar mayor catedralicio,

el arzobispo bendijo el fajín de Capitán General y el bastón de mando que D. José Caro ofrecía a la Virgen y, recibidas las prendas de manos del generoso donante, arrodillado en humilde actitud ante la Señora, procedió a imponérselas en medio de general entusiasmo, que continuó durante la solemne Misa en acción de gracias, con sermón alusivo al acto, y culminó en el *Te Deum* entonado al final de la ceremonia.

Investida con las insignias de su nueva dignidad castrense, la Virgen de los Inocentes y de los Desamparados recibió durante aquel día el fervoroso homenaje de su pueblo, que celebró al día siguiente otra solemne Misa y participó por la tarde en la procesión general para el traslado de la imagen a su capilla, acompañada por los gremios, las corporaciones, autoridades y clero de la Ciudad. Las tropas de la guarnición formaron por primera vez en las calles más céntricas para rendir a la Virgen los honores militares que le habían sido otorgados, y triunfalmente fué llevada la venerada imagen a las iglesias de Santa Tecla, Santo Domingo y el Salvador, para hacer las acostumbradas estaciones antes de ser reintegrada a su Capilla, con lo que terminó esta solemnisíma función que el concienzudo historiador Rodrigo Pertegás considera "la más íntima y cordialmente sentida, la más memorable y simpática de cuantas se celebraron en la primera mitad del siglo último" (1).

Terminó la Guerra de la Independencia con la definitiva expulsión de los ejércitos napoleónicos; se sucedieron en nuestra Patria los levantamientos y las revueltas y un desdichado día 21 de julio de 1936 la Generalísima de nuestros ejércitos fué objeto de increíbles ataques por parte de obcecados hijos de su pueblo, a quienes cegaba un odio incomprensible hacia quien es Amparadora de todo desvalido. Arrancada milagrosamente de sus garras y amorosamente escondida por los beneméritos funcionarios de nuestro Archivo Municipal, nuestra Patrona volvió tres años más tarde a su trono sin las insignias militares que un día le ofreciera la piedad de Valencia.

Pero desde hace un año la Virgen de los Desamparados vuelve a lucir sus merecidas enseñas. Un nuevo liberador de la Patria, no Capitán General de Valencia como Caro, sino Generalísimo de todos los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire, Francisco Franco en suma, tuvo el rasgo de ofrecer a la *Mare de Deu dels Desamparats* uno de los fajines que había usado durante sus gloriosas empresas reconquistadoras de una Nación en trance de agonía. No contento con ello, extremó su delicadeza hasta el punto de abandonar las abrumadoras tareas a que hace frente como Jefe del Estado, para venir durante unas horas a postrarse ante nuestra Patrona, implorando su protección como si fuera un valenciano más, y ofreciéndole él mismo la preciada insignia de su alta jerarquía castrense. Y el pueblo valenciano, agradecido y generoso como el que más, supo corresponder a Franco renovando el entusiasmo y la devoción de que hiciera gala hace un siglo cuando por vez primera recibió nuestra Virgen honores militares.

Manuel Dualde Serrano

Doctor en Filosofía y Letras

(1) RODRIGO PERTEGÁS, José: Historia de la antigua y Real Cofradía de Nuestra Señora de los Inocentes Mártires y Desamparados (Valencia, 1922), pág. 424.

# La Virgen de los Desamparados bajo el dominio rojo

El 21 de julio de 1936, después de haber saqueado e incendiado varias iglesias y conventos, las hordas rojas asaltaron la capilla de la Virgen, y cerca de las once de la noche era sacada la santa imagen y en un camión de Firmes Especiales llevada a la Casa Ayuntamiento.

¿Qué había ocurrido hasta este momento? Cuando la brigada de bomberos pudo actuar y sofocó el incendio que amenazaba ya destruir la imagen, se encontraba ésta de cara al camarín, según había quedado el día anterior, con el nimbo puesto, pero sin la magnífica corona que se le regaló cuando la coronaron el año 1923, que ya había desaparecido arrancada violentamente; con el escapulario rasgado; el Niño Jesús en tierra, y rota la mano que lo sostenía, según se dice, de un culatazo; el cristal del nicho roto, hazaña perpetrada por un desalmado con un candelabro y uno de cuyos pedazos le produjo una herida en un brazo, de la que tuvo que ser asistido en el Hospital Provincial; rotos también los cristales de los altares laterales y en el suelo esparcidas reliquias y bastantes joyas. La santa imagen tenía la cara bastante deteriorada, especialmente la mejilla derecha que había desaparecido a causa de tres tiros que un insensato se había atrevido a disparar contra la Madre de los Desamparados, y la mano izquierda, como hemos dicho antes, rota; por el fuego no había sufrido ningún deterioro. En estas condiciones, sin manto ni corona y con la cabellera echada a la cara como si horrorizada no quisiera ver lo que pasaba en su ciudad predilecta, pidiendo sin duda a su Hijo el perdón para los que la habían ofendido y para los ingratos que la habían abandonado, llegó a la Casa de la Ciudad a media noche.

Eran contadas las personas que había en la Casa; el archivo estaba cerrado y no hubo más remedio que abrir una puerta reservada para casos de incendio. ¡Qué lúgubre resultó el traslado! Al llegar a la Sala Foral fué depositada delante de la vitrina del "libro de Consolat de Mar", sobre la peana, sin el Niño Jesús ni uno de los inocentes.

¡Qué traslado más emocionante! No hubo vivas, no hubo aplausos, sólo el silencio y la luz de una lámpara eléctrica que alumbraba el pasillo y que al herir la cara maltrecha y blanquecina de nuestra Patrona inundó de luz el tétrico corredor.

Al día siguiente, por la mañana, se subió al piso segundo del archivo colocándola en un departamento contiguo a la sala de lectura, sobre una mesa y cubierta completamente con terciopelos. Aunque a este departamento no tenía tan fácil acceso el público como a la Sala Foral, ante las repetidas preguntas de muchos que pretendían saber el paradero de la santa imagen, se acordó negar rotundamente la permanencia de la Virgen en el mismo, diciendo que si bien ésta había sido traída de momento al salón de fiestas de la Casa de la Ciudad, la misma noche aun fué sacada del Ayuntamiento sin que se supiera el nombre de quien la había retirado ni el lugar a donde se hubiere podido llevar.

Pasados unos días se tuvo la confidencia de que se pretendía realizar por algunos dirigentes del Frente Popular una inspección en el archivo para evitar que se guardaran aquellas imágenes que hasta días antes habían tenido un culto directo; en vista de ello se preparó un departamento existente junto al rellano de la escalera, en dicho segundo piso, en el que se pusieron algunas reliquias

procedentes de la Catedral y de otros templos incendiados, varias imágenes de gran veneración, como el Santo Cristo que se venera en El Grao; Santa Ana, Patrona de Borbotó; San Vicente Mártir, San Vicente Ferrer y los bustos en plata de San Luis, Obispo, y de Santo Tomás de Villanueva, de la metropolitana basilica, y en primer término, con los cuatro ángeles que junto a la imagen en la capilla había, fué colocada el día 1 de agosto, a las ocho de la noche, la Patrona de nuestra ciudad, cerrándose luego la puerta, que se cubrió, la parte alta con un lienzo de Alzamora, que representa a don Jaime el Conquistador, y la baja con un gran arcón y su correspondiente tarima, consiguiéndose de este modo pasara inadvertida la existencia de este departamento.

Días después de estar allí escondida la imagen se practicó la primera inspección oficial por tres individuos pertenecientes a la guardia popular antifascista, que revisaron todo el archivo, no dando ningún resultado la inspección, y pasado algún tiempo fué un consejero municipal quien se presentó a girar otra visita de inspección con resultado igualmente negativo.

El 11 de noviembre del mismo año 1936, se presentó una comisión designada por el Comité Ejecutivo Popular para hacerse cargo, por orden del gobernador civil, de todos los valores en títulos, oro, joyas, plata, etc., depositados en dependencias del Ayuntamiento, la que acompañada de dos peritos tasadores de la Caja de Ahorros, trabajó durante varios días expoliando el tesoro artístico nacional de innumerables alhajas; sólo de cálices y copones de oro y plata se llevaron un centenar. Mas a pesar de sus repetidas visitas les pasó inadvertida la existencia del departamento donde estaba la Virgen.

Pero el Gobierno marxista no cejaba en su empeño de hacerse con la imagen de la Virgen de los Desamparados, y en virtud de una orden de la Dirección General de Bellas Artes, en 29 de junio de 1938 se presentó en los locales del archivo municipal la Junta delegada de incautación, protección y conservación del Tesoro Artístico Nacional de Valencia para proceder a la selección de las obras de arte que se habían recogido y una de las primeras que interesaron ver fué la imagen de la Virgen de los Desamparados, en atención a que era una escultura del siglo XV, siendo negado a dichos señores que se conservase en el archivo tal imagen.

Nuevamente en 30 de agosto del propio año se remitió por la citada Junta un oficio al Ayuntamiento, en el que se daba traslado de un telegrama oficial, que decía: "Ministro de Hacienda y Economía a presidente Junta Central.—Me comunica le urge saber situación imagen Virgen de los Desamparados", terminando esta comunicación con el siguiente párrafo: "Lo que trasladamos a usted por tener conocimiento esta Junta de que dicha imagen fué entregada en los locales de ese Consejo Municipal".

Lo conminativo del telegrama, unido a los recelos que flotaban en torno a la cuestión, obligó a declarar la existencia de la venerada imagen en la Casa de la Ciudad, agregando por si acaso, que las joyas entregadas en la Depositaria Municipal mediante acta notarial, el 21 de julio de 1936, habían sido entregadas por orden del Comité Ejecutivo Popular de Valencia, con el visto bueno del gobernador civil y decreto de la Alcaldía a la Delegación de dicho Comité.

Entonces hubo que trasladar la imagen a otro departa-

mento para evitar que declarada la existencia de la misma, se pudiera descubrir, en una posible y aun más probable visita, la multitud de objetos valiosísimos, material y espiritualmente, que con ella se guardaban.

Transcurrieron algunos meses sin ninguna novedad hasta que en 20 de diciembre de 1938 el gobernador civil y presidente de la citada Junta delegada de incautación comunicó al Consejo Municipal que dicho organismo solicitaba hacerse cargo de todos los depósitos de obras de arte establecidos en esta ciudad, entre los cuales, naturalmente, se encontraba el del Ayuntamiento y, por lo tanto, la imagen de la Virgen de los Desamparados.

A pesar de esto la Comisión de Monumentos elevó un informe oponiéndose a la entrega, informe que, en sesión previa, defendió el presidente de la misma, pero aprobada la entrega en la sesión del 23 de diciembre, los funcionarios del archivo tuvieron que apelar a otros procedimientos para retardar la entrega de tantos objetos artísticos y sagrados. La busca de madera apropiada para los embalajes, la adopción de medidas para evitar que los cuadros e imágenes sufrieran con el traslado y otros recursos similares fueron dilatando esta entrega, llegándose así hasta el día en que las tropas nacionales, entraron victoriosamente en nuestra ciudad sin haberse cumplimentado el acuerdo.

### Las alhajas de la Virgen

Es costumbre prender en el manto de la Virgen o en el del Niño Jesús todas las alhajas que se le regalan, y como no se recuerda ninguna enagenación de las mismas para subvenir a las necesidades de su culto, su tesoro era cuantioso. Con varias de estas alhajas y con muchas que se recogieron se fabricó la hermosa corona con que se la coronó en el año 1923. Pesaba ésta 2.800 gramos de oro y llevaba engarzados 4.835 brillantes, 3.082 rosas, 656 perlas, 16 esmeraldas, siete amatistas, ocho topacios, cuatro ópalos, 60 medias perlas y cinco zafiros. De esta riqueza donada toda por Valencia sólo se ha salvado un brillante solitario y un par de centenares de brillantitos, con pedacitos de oro de su montura. La corona antigua de la Virgen, que quedó guardada en un escondrijo de la capilla, no fué hallada por los rojos, pero las perlas quedaron todas calcinadas por efecto del fuego.

Los bomberos, guardias civiles y alguna otra persona presentaron en la Depositaria Municipal algunas de las alhajas recogidas, entre ellas el célebre broche de esmeraldas de la reina Cristina, que no fueron inventariadas y se escondieron rápidamente, debiéndose a esto el que no desaparecieran, pues todas las demás incluso el res-

plandor que contenía 298 brillantes, 1.313 diamantes y rosas, 700 perlas, 32 medias perlas, 43 topacios, 15 amatistas, 36 esmeraldas, 13 turquesas, 173 rubies, tres ópalos y 155 zafiros, se incautó el Gobierno de ellas.

En 26 de octubre de 1936 se recibió en el Ayuntamiento una comunicación de la Delegación de Propaganda, Prensa y Comunicación del Comité Ejecutivo Popular participando que los portadores habían sido designados para inventariar y hacerse cargo de todos los valores y joyas depositados en las dependencias del Ayuntamiento; en virtud de esta comunicación se procedió pocos días después a inventariar todo lo recogido en el incendio de la capilla de la Virgen, y finalmente, el día 5 de noviembre, con la incautación de las alhajas entregadas, terminó la expoliación del tesoro de la Virgen de los Desamparados, del que no se ha sabido ya nada más.

### La Real Capilla

En lastimoso estado quedó la capilla de la Virgen después de los sucesos del día 21 de julio, pero con ser tantos los destrozos causados dicho día por el incendio y saqueo, puede decirse que casi los superaron después la expoliación metódica a que ha estado sometida durante los treinta y dos meses que duró la dominación roja, porque es un error muy grande creer que todo fué debido al incendio de ese nefasto día y que después no ocurrió nada; es verdad que en ese día y en los primeros momentos se hizo una gran pira en medio de la capilla con todos los objetos que se encontraron; que la capilla de la Comunión, como la Sacristía general y la del Camarín y el departamento contiguo a éste, sufrieron asimismo gran quebranto, pero en el Camarín apenas había señales del incendio; el cristal del altar mayor desapareció luego, como el órgano y las puertas de bronce de la escalera y del Camarín. La decapitación de San Vicente Ferrer fué obra muy posterior, como la rotura de la mesa del altar, bloque de piedra de unos veinte centímetros de espesor que fué roto golpeándolo con un candelero, y otros destrozos que no mencionamos, causados, fueron premeditada y concienzudamente durante el dominio de los marxistas en el que la capilla sirvió para cine, bar, exposición, almacén y otros menesteres que paulatina y constantemente iban arruinándola; además, en los locales altos de la capilla encontraron cobijo numerosas familias. Con esto y con agregar que la Junta de la A. y R. Cofradía lleva gastados hasta 31 de diciembre de 1946 la suma de 1.164.913,45 pesetas en su restauración podrá formarse idea el lector del martirio a que ha estado sujeto el templo predilecto de los valencianos.

*E. Carreres Zacaes*

*Cronista de la ciudad*

*(Viene de la pág. frontal)*

## Notas históricas sobre la imagen principal de Nuestra Señora de los Desamparados

nio rojo"—, han sido satisfactoriamente borrados, y otra corona, semejante a la de 1923, ciñe las augustas sienes de nuestra Patrona.

Año tras año arraiga más en Valencia la devoción a la Santísima Virgen de los Desamparados y su Real Capilla, elevada recientemente al rango basilical, se ve cons-

tantemente visitada por los fieles. La devoción trasciende de los límites de la ciudad y se extiende no sólo por España, sino por todo el mundo.

Es que se trata de una advocación universal de María Santísima. Es éste un valle de lágrimas; es la humanidad entera la que yace en el más angustioso de los desamparos y hay solamente una Madre capaz de entender nuestras miserias y pueda darles su adecuado remedio.

*Emilio Aparicio Olmos, Pbro.*

*De la Real Basílica de la Virgen*



# Notas históricas sobre la imagen principal de Nuestra Señora de los Desamparados

## VARIACIONES IMPORTANTES EN SUS CINCO SIGLOS DE EXISTENCIA

Entre las tres imágenes perfectamente definidas que aparecen en los primeros tiempos de la "Cofradía de Nuestra Dona Sancta María dels Ignoscens—a la que más tarde el Rey Católico dió el título de "Inocentes Mártires y Desamparados"—, claramente se distingue la que veneramos como principal.

Una es la "imatge del altar ab lo collar de perles" (1). Por los datos que aparecen en los inventarios y libros de cuentas se trata de una tabla "on es pintada la Imatge de la Confraria" (2), que a mediados de siglo se utilizó para ser colocada sobre los féretros de los ajusticiados que se llevaban a Carraixet y luego se entregó al Clavario para su custodia.

Es evidente que estas determinaciones de la Cofradía suponen otra imagen que, por llenar más sus deseos, presidiese el altar de la primitiva capilla del Hospital.

Parece ser que fué el Hospital mismo quien costó esta segunda imagen, que debió ser una escultura vestida a juzgar por los objetos que de ella mencionan los inventarios (3).

La Cofradía tenía otra "Imatge de la Verge Maria qui va sobre los cosos, ab un brot de lir e una creu de fust" (4). Siempre figura en lugar preferente en los inventarios y tiene ricas joyas desde el principio; indicios claros de que era la imagen principal de la Cofradía. Se guardaba por el Clavario en su casa y se llevaba sobre los féretros de los desamparados, figuraba también en algunas procesiones y se trasladaba al "Capitulet" del Hospital en las fiestas principales.

Por esto, a pesar de la caja construida para su conservación en 1425, por el carpintero Bernardo Cors, la imagen sufrió frecuentes deterioros y esto tal vez motivara la decisión de la Junta de que no saliera de los muros de la ciudad (5).

En el curso del siglo XV la santa imagen fué frecuentemente restaurada. Así, en 1443 se encarnaron los rostros de la Virgen y del Niño; en 1460, previa limpieza muy completa, se le puso una diadema de estrellas y se construyó un "bastiment" para llevar la imagen en las fiestas de la Concepción; en 1473, el pintor Juan Guillem encarna de nuevo la imagen, y en 1490 Juan Monlleó y Martín de Senmartí rehicieron el dorado y modificaron algunos detalles y relieves escultóricos. El manto, muy estrecho al principio, se le puso en 1464 para cubrir el dorso plano de la imagen, cuando se llevaba erguida en las procesiones.

Todavía en el siglo XVI se volvió a dorar la imagen, y en 1592 se iluminó el dorado.

Poco a poco se fué olvidando que la sagrada imagen fué yacente. Ya estaba continuamente expuesta a la veneración pública en la nueva capilla de la Catedral, recayente a la plaza de la Virgen.

Los gustos estragados de la época influyeron también en la Cofradía y se puso un capillo a la cabeza de la Virgen, se vistió al Niño Jesús y a su Madre con ricos y amplios mantos de seda y oro.

No obstante podía verse la escultura, tan sólo velada por las joyas que, sostenidas por unas varillas, aparecían en la parte delantera de la imagen. Entre ellas estaba una medalla de oro con las armas de los Borjas, dos cruces de la Inquisición y una pluma de oro con 132 diamantes, regalo de la condesa de Oropesa, virreina de Valencia, agradecida por la curación de su marido en la peste de 1649.

Más tarde ocultaron el busto de la sagrada escultura con un rico tejido que, a modo de collar, estaba guarnecido de alhajas.

Hasta mediados del siglo XVII ostentó la venerada imagen el capillo, que fué sustituido por la cabellera rizada y larga, sujeta por la corona y rastrillos de pedrería.

Pero la modificación más importante fué la que se hizo para levantar la mano de la imagen. Este detalle y la inclinación de la cabeza indicaban el primitivo carácter yacente. Para sostener las nuevas manos se hizo un antiestético armazón, que obligó a ocultar completamente la escultura. Fué entonces cuando se vistió a la sagrada imagen el escapulario que a los ricos bordados unió muy pronto abundantes alhajas.

A fines del siglo XVII se modificó la peana de la escultura de la Patrona y se decoró nuevamente el nicho. Suprimiése el dosel de cortinajes, se puso la alegoría del Espíritu Santo y los rayos en la parte superior, según se había hecho en el retablo de 1450 y se construyó de plata cincelada el trono de nubes con los dos ángeles.

En las estampas de la Virgen que datan de esta época aparece un detalle curioso: cuatro floreros se ven entre los dos inocentes. Casi un siglo, desde mediados del XVIII hasta bien entrada la pasada centuria, estuvieron honrando a la Patrona.

Desde el domingo 18 de marzo de 1810 lució la veneranda imagen el fajín de Capitán General, impuesto por el que fué entonces de Valencia don José Caro, al ser nombrada Generalísima de los Ejércitos de mar y tierra, honores que el pasado año, en días de solemnidad imborrable, ratificó el providencial Caudillo de España al invitar a nuestra Patrona con uno de sus fajines, usado en la guerra de Liberación.

Ya se ha visto cómo los rasgos fundamentales de la imagen de la Virgen de los Desamparados se conservan desde los comienzos de la Cofradía. La Virgen con el Niño al brazo con la cruz, signo de la Redención; con la azucena en la mano, símbolo de la devoción de un pueblo a la Inmaculada Concepción; con la corona y aureola de estrellas y los dos inocentes a sus plantas, invocando su misericordia.

Las alteraciones sufridas son completamente accidentales. Hasta la huella que dejaron en la veneranda imagen los días azarosos de la revolución marxista—detalladamente expuestos por don Salvador Carreres Zacarés en su folleto "La Virgen de los Desamparados bajo el domi-

(1) Primer inventario. 1417, a los tres años de la fundación de la Cofradía.

(2) Inventario de 1433. Rodrigo Pertegás. Historia de la Cofradía, pág. 37, nota.

(3) Inventario del Protocolo de Bartolomé Queralt. 17 mayo 1428. Archivo del Patriarca.

(4) Inventario de 1426.

(5) Actas de 1483.

(Termina en la pág. frontal)

## El Banco de Nuestra Señora de los Desamparados

Valencia cuenta en estos últimos tiempos con una nueva y espléndida entidad bancaria. Quien frecuente esta clase de instituciones, verá en todas ellas una ventanilla destinada a las operaciones de la nueva y original entidad. Pero quien, amante de callejear recorra los céntricos y solitarios barrios, los recoletos parajes de la urbe valenciana, podrá contemplar en una riconada de la antigua plaza de la Almoyna, frente a la puerta románica de la catedral, las puertas del BANCO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS, dependencia arquitectónica e ideológica del modernísimo palacio arzobispal.

Es evocadora la coincidencia del nombre de la plazuela en uno de cuyos alledaños abre sus puertas este BANCO con el piadoso y caritativo fin de la misma institución. Almoyna vale tanto como decir limosna, dádiva. Antaño, a espaldas de la catedral, por estos mismos parajes, se hallaba la casa de la Almoyna, en donde se repartían limosnas a los menesterosos, edificio que también servía, según Escrig, para custodiar a los retraídos que buscaban asilo en la inmunidad de la Santa Iglesia Catedral. Evocadores también los vocablos derivados de la palabra Almoyna: "Almoynar", caritativo, limosnero; "almoynera", escarcela, bolsa abierta siempre a los impulsos de la caridad. Buena sede, en verdad, para este BANCO, centro de caridad cristiana, rodeado de recuerdos, continuador en estilo moderno, de aquellas otras instituciones valencianas amparadoras del necesitado, acogedoras de cuantos sufren persecución de la justicia, bienhechoras, en fin, sólo para seguir los amorosos mandatos del Crucificado.

En ese rincón solitario, sólo transitado por gentes que van de paso hacia otros lugares más ajetreados de la ciudad, entre las viejas piedras renegridas por las centurias del templo catedralicio y la risueña fábrica del palacio de nuestro Arzobispo, se agrupan a diario, ante las puertas del BANCO enjambres de perdioseros, grupos de menesterosos, con sus trajes raídos unos, harapientos otros; con sus enfermedades éstos, con sus desgracias aquellos, con sus miserias todos y algunos hasta con su vergüenza, malizados los rostros por la esperanza de un inmediato alivio que les aguarda al otro lado de las puertas de la institución. El transeúnte, un tanto asombrado, quizá trate, inútilmente, de asociar este panorama humano de pedigüeños, esta grey de tristezas y dolores, con el comercial título de BANCO. Pero ¿qué clase de Banco es éste? —se dirá—. ¿Qué valores negocia para estas gentes pobres y desposeídas de toda clase de bienes?, ¿cuáles son sus estatutos?, ¿cuáles sus fines?, ¿qué dividendos reparte?, ¿qué operaciones realiza?

Para contestarse estas preguntas habrá de saber que este Banco es obra de un Arzobispo, que sus fines son los excelsos de la cristiana caridad, y que sus estatutos se encuentran en el Evangelio. Este Arzobispo de Valencia ha salido de su palacio y ha marchado en busca de las miserias humanas que en Valencia son. Ha hallado muchas. Y ha querido que todos los valencianos participen en esta obra. Que toda su grey practique conjuntamente la caridad. Los pobres de Valencia, los desamparados, le han brindado ocasión de hacer muchas, muchísimas obras de caridad. En el cauce del río Turia, en los barrios humildes, en ese fondo espeso que toda gran ciudad ofrece con ese contraste fuerte entre la miseria y la opulencia, ha sido donde ha operado este Arzobispo. Y como Jesucristo, dijo a quien le había convidado, así ha-

bló el Arzobispo a los valencianos: "Cuando hagas un convite, has de convidar a los pobres, y a los tullidos, y a los cojos y a los ciegos y serás afortunado porque no pueden pagártelo; pero serás recompensado en la resurrección de los justos". (Lucas, XIV, 13-14).

El BANCO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS es una forma de hacer caridad cristiana colectivamente. Bajo su Pastor, los valencianos tienen en el BANCO un vehículo eficaz y evangélico. "Donde dos o tres se reunieren en mi nombre —ha dicho Jesucristo—, allí me hallo yo en medio de ellos". (Mateo, XVIII, 20). Para el católico, que vive constantemente en la colaboración, en la edificación de una personalidad colectiva que es Cristo, nada hay mejor que esta práctica de las obras de caridad por medio del BANCO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS. Las hace más fáciles, más ambiciosas, de mayor volumen. Las mínimas aportaciones se agigantan en magníficas obras. Obras buenas que son alimento del alma que las realiza. San Nilo, solitario del Monte Sinaí, decía que nuestras buenas obras son el alimento que da a Cristo su crecimiento en nuestras almas. San Agustín lo confirma: "Concebid en vosotros a Cristo por la fe; y hacedlo nacer por vuestras obras."

Con este BANCO se espiritualiza en hermosa versión a lo divino el mercantil y frío nombre de banco. Es un Banco en donde se entrelazan maravillosamente en una sola obra el cielo con la tierra.

\* \* \*

Los estatutos del BANCO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS son viejos. Tan viejos como la caridad cristiana. Son entrañables, amorosos, como la llama inextinguible de esa misma caridad. La caridad ante todo es amor. Amor y comprensión. Comprensión y perdón. Perdón como el que otorgó el Hijo del Hombre a la mujer adúltera, diciendo a los que querían apedrearla: "El que no haya pecado nunca, que le arroje la primera piedra"; perdón como el que concedió a María de Magdalena, "porque mucho había amado"; perdón, en fin, como el que impetraba para los sayones que le habían crucificado, con aquellas sublimes palabras: "¡Padre, perdónales, pues no saben lo que hacen!" La caridad cristiana no es la llamada filantropía, ni tampoco la tan decantada fraternidad, viejos harapos deshilachados de la escarapela tricolor de la Revolución francesa. La caridad no es un mero lazo de tolerancia para con los demás hombres. La caridad es muy superior a todo eso. Es un mandato nuevo, especial, propio del cristianismo, con cuya práctica se conociese que éramos discípulos e imitadores de Cristo. La humanidad por sí misma, dejada de la mano de Dios, es lamentablemente inhumana. En la desgracia de nuestros mejores amigos—decía un filósofo—, hay siempre alguna cosa que no nos desagrade del todo. La caridad enseñada por Jesucristo es única. El gran mandato: "Amaos los unos a los otros." La *regla de oro*, como se la llama. "Todo lo que queráis que los hombres hagan por vosotros, hacedlo igualmente por ellos." (Mateo, VII, 12). Estas son las únicas normas del BANCO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS. Actuar la caridad cristiana. Amar al prójimo. Practicar este gran mandato de Cristo.

Un escriba preguntó a Jesús: "¿Cuál es el primero de los Mandamientos?" (Marcos, XII, 32).

—“El primero es el amor de Dios. El segundo, semejante a él, el amor al prójimo.”

Jesucristo, para comprobar si la lección había sido aprendida, invita a su interlocutor a repetirla. El escriba reproduce fielmente las palabras del Salvador. “Amar a Dios y al prójimo como a ti mismo, vale más que todos los holocaustos y sacrificios.” Satisfecho Jesús, le dice estas hermosísimas palabras: “Non e longe a Regno Dei”, “No estás lejos del Reino de Dios”. Dios está cerca de nosotros; está con nuestro prójimo. “Aunque todos sus atributos divinos se ostentan—decía nuestro Baltasar Gracián—, con todo, está tan oculto este gran Dios, que es conocido y no visto; escondido y manifiesto, tan lejos y tan cerca.”

A menudo nos quejamos de que Dios está lejos; pero está cerca de nosotros en cada uno de nuestros prójimos. “Ellos son Yo”—nos advierte el Señor—. “Lo que hicieris a ellos—al menor de entre ellos—, a mí lo hacéis.” (Mateo, XXV, 40).

En este carácter *divino* de la humana fraternidad, aparece la singular originalidad, la incomparable novedad de la caridad cristiana. “Mandatum novum”, como decía San Juan. Mandamiento en verdad nuevo, de tal manera nuevo que, aun después de siglos de vigencia, muchos no lo han descubierto todavía.

Jamás se había tratado de considerar al prójimo, no sólo como hombre, sino como “partícipe de la divinidad”. Era menester que viniese el mismo Cristo a decir al mundo: “Considerad al prójimo como otro yo; y esto no sólo por una mera ficción, sin ningún fundamento en la realidad, sino por ser verdad. Vuestro prójimo es “yo”. En cada uno de vuestros hermanos vivo yo, Jesús; aprended a verme en él, por la fe; en acto—o en potencia—, estoy presente en él.” (P. Raúl Plus, S. J. “Cristo en nuestros prójimos”).

¡Mi prójimo! ¡Nuestro prójimo! ¿Quién es mi prójimo?, preguntaba un doctor de la Ley a Jesús, para tentarle. (Lucas, X, 29). Y Jesús, al orgulloso judío, le refiere la parábola del buen samaritano, de aquellos samaritanos tan odiados por los judíos, que usó de misericordia con un hombre maltratado, despojado de todo por unos ladrones, cubierto de heridas y medio muerto, abandonado a su suerte en medio de un camino. Pasó un sacerdote. Después pasó un levita. Ambos le vieron, pero pasaron de largo. Sólo el samaritano se movió a compasión. “¿Quién de estos tres te parece haber sido el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?”—preguntó a su vez Jesús al orgulloso doctor de la Ley—: “Aquel que usó con él misericordia.” “Pues anda, haz tú otro tanto”, le añadió Jesús.

Estos son los postulados de este BANCO de la Virgen que abre sus puertas en Valencia para usar de misericordia con el prójimo, como nos mandó Cristo.

\* \* \*

Esta doctrina de caridad divina para el hermano, este espíritu de amor al pobre, jamás ha estado ausente de nuestra querida Valencia. El espíritu de Santo Tomás de Villanueva, el Limosnero, ha tenido siempre arraigo en esta tierra. El lema es siempre, a través de los siglos, el mismo del Agustino: “Heriste, Señor, mi corazón con tu caridad.” Hoy se ha plasmado, por obra y gracia de nuestro queridísimo Arzobispo en una realidad eficiente: EL BANCO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.

Una de las primeras manifestaciones que de la piedad valenciana contempló luego de su toma de posesión de la archidiócesis el excelentísimo y reverendísimo señor don Marcelino Olaechea y Loizaga, fué el emocionante traslado de nuestra Patrona desde su Real Capilla—hoy Basili-

ca—, a la Iglesia Catedral. “La honda conmoción—dijo el señor Arzobispo en su Pastoral del segundo domingo de mayo del año pasado—sentida en la fiesta de nuestra Madre de los Desamparados, Nos ha inspirado la constitución de un Banco, que llevará su nombre: BANCO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS.”

“No habrá Banco de mayor simpatía; ni que reparta mejores dividendos.”

“Lo que dan los otros Bancos queda del lado de acá, de la tumba. Nadie se lleva una perra chica más allá de la losa del sepulcro.”

“El que aporta al BANCO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS da a los pobres, pero presta a Dios.”

“Dios no muere. Dios no olvida.”

“Y es curioso que no sólo paga El, sin quebrar jamás, a larga fecha, sino que suele pagar, y con creces, a la vista.”

“Probadlo de veras y con sinceridad.”

“No son nuestros tiempos—sigue diciendo nuestro Prelado—, ni las necesidades de los pobres, ni su modo de ser, como en los días de Santo Tomás de Villanueva que decía: “Dejaos engañar por los pobres.” “Si le urge al hermano amparo—continúa—y tú le cierras las entrañas de tu misericordia, ¿puedes decir sin mentira que tienes amor a Dios, y por tanto a su Madre y tu Madre?”

“Amparad y seréis amparados.”

“No améis con los labios, sino con obras de verdad.”

La magnífica obra quedó en pie, con esa su actual estructura tan robusta de espiritualidad, con ese espíritu abnegado tan avasallador, como obra inspirada en momentos de arrebatado amor.

“Cuando alzada sobre vuestros corazones y cabezas—decía nuestro Arzobispo—iba nuestra Madre de los Desamparados a la Catedral, pensábamos Nos que, por amor a Ella levantaréis un día con las alas de vuestro ardoroso corazón y fina inteligencia, a todos los desamparados de nuestra tierra, mimada por Dios con raudales de riqueza como ninguna.”

Y terminaba con aquel llamamiento de arrebatado entusiasmo y acendrada caridad: “¡Hijos de nuestra Madre de los Desamparados!, en su nombre y por su amor, os pide vuestro Arzobispo que seáis amparadores:

De los que no tienen pan;

De los que no tienen abrigo;

De los que no tienen techo;

De los niños sin hogar y sin escuelas;

De las almas que no tienen la dicha de la fe.”

El llamamiento del Prelado supo recogerlo Valencia entera con tanto amor, con tanto cariño, que en alocución pronunciada por el excelentísimo y reverendísimo señor don Marcelino Olaechea, en primero de mayo de este año, pudo decir: “Con tanto cariño habéis tomado, venerables hermanos y amadísimos hijos, nuestras empresas de caridad, que van a ser una realidad consoladora las palabras con que terminamos la Carta Pastoral fechada en la fiesta de la Patrona el pasado año: “Si el segundo domingo de mayo de 1948—os decíamos—tenemos todos la conciencia de haber recorrido con paso firme y decidido una buena parte del camino; si, cumplido por cada empresa y por cada persona el deber de justicia social, pone cada persona y cada empresa la unción de la caridad con los pobres en la proporción en que cada persona y cada empresa debe ponerla, sonreirá como nunca la “Mare dels Desamparats” a su ciudad de Valencia, en la que todos sentimos su amparo y no ahorramos el nuestro.”

En este año se han superado con las realidades las ilusiones. Este año, el sueño del BANCO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS ha sido ya una realidad pujante.

## PLURA UT UNUM

te y gozosa, como este mes de mayo. La Patrona ha paseado triunfante todos los rincones de la ciudad, y por todos ellos ha ido traspasando los corazones con llamas vivas de amor y caridad. El Arzobispo ha salido a pedir para los pobres de la Virgen. En la plaza de la Reina se ha levantado una tómbola que durará todo el mes de mayo para allegar fondos con destino al BANCO, y nuestro Prelado ha vendido boletos, mientras las manos de sus diocesanos pugnaban por entregar en porfía emocionada los donativos adquiriendo esas papeletas que son "una forma llena de ilusión de dar limosna a los pobres, "sin que la mano izquierda sepa lo que hace la derecha", como el mismo Pastor ha dicho en una de sus más recientes alocuciones.

\* \* \*

La Patrona de Valencia ha dado su nombre a este BANCO maravilloso. No en vano ha sido, es y será siempre delicia y contentamiento de nuestra Madre Celestial estar junto a sus hijos, en sus avatares terrenales. Como se dice en los Proverbios: "Et delitiae meae esse cum filiis hominum." Por ello presta su nombre al BANCO que ha sido creado para socorro de los desamparados. Nuestro deber es corresponder al delicado llamamiento de la Señora: "Nunc ergo filii audite me." Oigámosla, escuchemos las peticiones que nos hace en favor de sus pobres, procurando imprimirlas y estamparlas eternamente en nuestro corazón. Porque sus desvalidos lo necesitan. Ella nos lo pide. También la Madre de los Desamparados recibió limosnas en la grandiosa ofrenda que se le rindió en la plaza del Caudillo de nuestra ciudad. Salió a recoger sus limosnas para su BANCO. ¡Dichosa ciudad en donde la Virgen es banquera de los pobres! Una banquera que ampara, sonríe, socorre y fortalece a los que gemimos en este valle de lágrimas, como rezan los antiguos gozos que se cantaban en la capilla los sábados, días en que el pueblo acude a la Salve:

*Amparadnos, Luna hermosa,  
a los que en el valle estamos  
de la noche tenebrosa,  
y a Vos gimiendo lloramos;*

*siendo por Vos preservados  
de la llama abrasadora.  
Pues sois nuestra amparadora  
Madre de Desamparados.*

Esta banquera valenciana, gentil y celestial, ha paseado por todas las calles su nuevo quehacer de administradora de los pobres. Y en verdad que el entusiasmo, la fe y la nobleza espiritual del pueblo valenciano ha estallado en dones y obsequios, en ofrendas para el BANCO de su "Mareteta".

Gráficamente lo ha sintetizado estos días don José María Ibarra y Folgado, el cultísimo y devotísimo bibliotecario, en unas frases agudísimas de donaire. Relataba el traslado de nuestra Patrona desde la parroquia de San Martín a la Catedral. San Martín ofrece en esta parroquia un magnífico grupo escultórico en donde aparece el Santo partiendo con su espada la capa. Media capa la recoge el mendigo. Decía el señor Ibarra que San Martín, contagiado del fervor, de la caridad que ha subyugado a los valencianos, no solamente partía su capa con el pordiosero, sino que pasaba por la plaza de la Reina y allí entregaba a la tómbola del BANCO su otra media capa; continuaba adelante, y llegando al edificio del BANCO DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DESAMPARADOS, San Martín vendería su caballo, su espada y los arreos de montar para ofrendarlos a nuestra "Verge dels Desamparats".

Nosotros añadimos: Y ya sin nada, desposeído de todos sus bienes, San Martín iría a postrarse a los pies de la Señora en su capilla, para entregarle la única riqueza que le restaba: su corazón. Un rayito de luz del cielo acogería la nueva locura de amor, mientras la Madre de los Desamparados sonreiría ante aquel cuadro de caridad, comprendiendo que sólo en esta tierra se ha producido un tan gran complejo de caridad multitudinaria colectiva. Claro que no es para menos, porque ¿qué otra cosa pueden hacer los valencianos si marchan a la cabeza este San Martín que todo lo regala, un Santo Tomás de Villanueva que se dejaba engañar por los pobres y este otro Arzobispo que vende papeletas en la tómbola de nuestra Madre del Amparo?

*Joaquín Hernández López  
Licenciado en Derecho y Abogado  
de los Ilustres Colegios de Valencia y Zaragoza*

---

## El culto a la Virgen de los Desamparados en Barcelona

El culto que la ciudad Condal dedica a la excelsa Patrona del reino valenciano es muy añejo. Para el mejor orden y claridad de nuestra información, que se basa en documentos históricos y, cuando faltan estos, en informaciones personales de los superiores a cuyo cargo corre actualmente el culto y gobierno de las seis imágenes que bajo aquella advocación se veneran en Barcelona, lo narraremos por parroquias y santuarios por orden de antigüedad.

### *Basilica parroquial de Nuestra Señora del Pino*

Antiguamente, según datos que nos ha facilitado el reverendo señor cura ecónomo de la misma don Salvador Codina, la ley dejaba abandonados en el mismo lugar de la ejecución los cuerpos de los ajusticiados, que servían de pasto a los animales carniceros y a las aves de rapiña. En 1368 la piedad inspiró a sor Sancha la idea de recoger aquellos cuerpos y darles cristiana sepultura, y para

tan misericordiosa obra no le faltó el auxilio de otras caritativas mujeres ni la magnánima aprobación real, concedida por el monarca D. Pedro IV. Fué en aumento el número de abnegadas mujeres que pronto viéronse secundadas por cristianos caballeros, y unas y otros constituyeron una agrupación a la que se dió el nombre de *los Desamparados*, y quedó instalada en una capilla llamada del Calvario, existente en el cementerio situado en el solar que hoy ocupa la iglesia y casa de los padres del Oratorio de San Felipe Neri, capilla que desde entonces comenzó a llamarse "Capilla de los ajusticiados". Allá por los años 1410 a 1414 la agrupación erigióse canónicamente en Cofradía, con residencia en la repetida capilla.

La fecha no puede precisarse exactamente por haber desaparecido varios documentos en un incendio, que asimismo redujo a cenizas la primitiva imagen de Nuestra Señora de los Desamparados, construida en 1568; pues no la hubo propia durante la permanencia de la Cofradía en

la capilla del Calvario, ni, por consiguiente, se celebraba fiesta patronal dedicada a la Virgen con este título.

En el año 1568 el reverendo cura párroco de la iglesia de Santa María del Pino, de acuerdo con la M. I. Junta de Obra, ofreció a la Cofradía una capilla en la parroquia para que en ella pudiera instalarse. Aceptado el ofrecimiento, construyóse una rica y devota imagen titular: la Virgen amparando dos tiernos niños—de la que es copia la actual—, y el 19 de junio fué solemnemente inaugurada junto con el nuevo altar. Acordóse entonces por voto unánime y solemne que la fiesta patronal se celebraría cada año el día del Dulce Nombre de María, esto es la II Dominica de septiembre, y así se hizo hasta el año 1910.

Con la nueva imagen tuvieron los barceloneses un medio para enfervorizar su devoción. Las gracias alcanzadas hicieron que aumentase constantemente el número de fieles que iban a mostrar su gratitud a la celestial Señora o a implorar su poderoso valimiento. El esplendor de la fiesta anual patronal divulgaba el fin caritativo de la Cofradía y pronto se hizo aquél extensivo a los encarcelados a quienes se visitaba y socorria y a los huérfanos de los ajusticiados, de quienes cariñosamente cuidaba, hasta haber llegado a proporcionar ama de cría a uno de estos infelices. Entre los barceloneses que dotaron a la Cofradía con notables limosnas y legados, merece citarse don Juan de Paredes, que instituyó un legado para que la Cofradía señalase anualmente un dote de 25 libras catalanas a la cofradesa pobre que durante el año tomase estado. El accidentado siglo XIX no pudo ver perdida la devoción de los barceloneses a la Virgen de los Desamparados.

A principios del siglo actual proyectaron los cofrades la total restauración del altar y capilla, pero la falta de recursos y el déficit de la Cofradía impidieron su realización que, al fin, tuvo efecto a fines de 1910, mediante el apoyo de la excelentísima señor condesa de Llivia, entusiasta devota de la Virgen. Se iniciaron los trabajos en el año 1911 y se terminaron en diciembre de 1912. Los trabajos en curso impidieron que se celebrase la fiesta patronal el día acostumbrado, esto es, la II Dominica de septiembre, dedicada al Dulce Nombre, y la Junta para compensar en cierto modo la no celebración de dicha fiesta, dispuso una solemnidad especial para la inauguración de las reformas y logró que el excelentísimo señor Obispo diocesano doctor don Juan José Laguarda, se dignase bendecir el altar restaurado y asistiese luego de medio pontifical al oficio divino, que se vió como nunca concurrido, igualmente que los demás cultos dispuestos para la fiesta inaugural.

El extraordinario éxito conseguido, no igualado por ninguna de las fiestas anteriores, impulsó a la Junta a estudiar con sumo cuidado la conveniencia de trasladar definitivamente la fiesta Patronal a la III Dominica de Adviento, día en que se celebró la inaugural del altar restaurado. Y uno de los motivos, el principal acaso, que tuvo muy en cuenta para acordar el cambio, fué la petición de muchos cofrades que deseaban dar gloria a la Virgen en su fiesta Patronal y en su altar propio, y no podían por estar ausentes de la ciudad el mes de septiembre, en pleno verano.

Pronto pudo comprobarse el acierto del traslado, pues el día de la fiesta Patronal repitióse con creces el éxito del año anterior, y lo propio ocurrió en lo sucesivo, de manera que pudo darse por obtenido el fin único propuesto: el de la mayor gloria de Nuestra Señora de los Desamparados.

Aunque el acuerdo de traslado definitivo tomóse por unanimidad, no bastaba ésta para darle validez canónica; por ello la Junta interesó inmediatamente la aprobación pontificia, y después de los trámites reglamentarios el

Soberano Pontífice Pío XI, con Breve de 20 de abril del año 1923, se dignó confirmar el traslado canónico de la fiesta patronal a la mencionada III Dominica de Adviento, con misa solemne de Nuestra Señora de los Desamparados, y consiguiente traslado a dicho día y novena de todas las indulgencias, gracias y privilegios concedidos a los cofrades.

Al iniciarse en 1936 la guerra de liberación de España, con la consiguiente persecución religiosa anarcocomunista, manos piadosas sacaron la imagen de Nuestra Señora de los Desamparados de su capilla y dividiéndola en cuatro piezas la guardaron en distintos domicilios. Pasado aquel nefando período de crímenes, robos y sacrilegios, la referida imagen fué repuesta en su capilla con gran júbilo de sus devotos y en su honor se celebran anualmente un solemne triduo el tercer domingo de Adviento y oficio el segundo domingo de mayo, festividad de Nuestra Señora de los Desamparados.

#### Iglesia parroquial de San Agustín

“En el año 1519—nos dice una nota histórica que figura al pie de unos “Goigs de Nostra Senyora dels Desamparats, que cantavan en la sua santa Capella en los claustros del antich Convent de PP. Agustinos de Barcelona, a qual devota y miraculosa imatge se ha restablert novament lo religiós culto en la Parroquial iglesia de St. Agustí”, impresos en 1908 por los herederos de la viuda Pla, Princesa, 8, Barcelona, que nos ha facilitado el reverendo doctor don Juan Tolosa, beneficiado de dicha parroquia—partí del port de Barcelona una nau catalana ab son capitá Joan Borrell dirigintse a Palermo; quant trobantse cerca de Cerdanya, repentinament sobrevingué en la mar tan horrorosa tempestat com may se hagués vist. En tan apurat conflicte y esent inútils los esforços, nols quedá altre recurs que clamar al cel misericordia de sos pecats é invocar lo patrocini de la Verge dels Desamparats, la qual piadosa los socorregué, apareixent instantaneament en la gabia de la nau, y vis por lo capitá, exclamá: *Animo, minyons, que tenim la Verge Maria quens ampara*, y luego cessá la tempestat. Concluhit felisment son viatge, y retornats á Barcelona, guiats per superior impuls collocaren la sagrada imatge en una capella del Convent de PP. Agustinos, obrant frequentemente miracles, y devant de ella fôu enterrat lo venturós capitá de la nau.

Aquesta noticia histórica acerca la invención de la sagrada imatge está apoyada en graves autores: com Serra y Postius (*Finezas de los santos Angeles*): Camó (*Jardín de Maria*): Armayá (*Traslació dels PP. Agustinos*): P. Jordá Agustino diu: esta santa imatge se ignora qui la fabricá, de ahont vingué, y com se collocá en la gabia del barco; mes se creo fôu per mans dels Angeles presentada per alivio de aquells afortunats mariners.”

La citada imagen era de mayólica y muy hermosa. Medía unos tres palmos de altura y fué destruida en el incendio y saqueo del templo de San Agustín en los días 22 y 23 de julio de 1936. Habiendo desaparecido la imagen, el culto a la Virgen de los Desamparados está interrumpido en la referida iglesia, pero conservándose, como se conserva, en poder del citado Dr. Tolosa una buena fotografía de la imagen desaparecida, sería muy plausible se construyese otra nueva y se restableciese el culto en su capilla, pues así lo demandan la historia de su procedencia y el fervor religioso de sus numerosos devotos.

#### Basilica parroquial de Santa María del Mar

Según nos informa el reverendo señor cura párroco doctor don Juan Llobart, el culto a la Virgen de los Desamparados en este antiquísimo e histórico templo data de la última década del siglo XIX. Constituida en él la Pia

## PLURA UT UNUM

Unión de devotos de Nuestra Señora de los Desamparados, acordó construir una imagen idéntica a la de la Real Capilla de Valencia, que fué colocada en su capilla el día 26 de mayo de 1894; y habiendo sido incendiado el templo por las hordas marxistas el día 19 de julio de 1936, varias personas devotas tomaron a su cargo después de la liberación la restauración de la capilla y la construcción de una nueva imagen que ha sido modelada por el escultor catalán señor Homs. La misma Fía Unión, anteriormente citada cuidará del culto a la referida imagen, en cuyo honor celebrará este año una misa de comunión y un solemne oficio el segundo domingo de mayo, fiesta de su titular.

### Santuario de San José de la Montaña

En este famoso santuario, dirigido por religiosas madres de Desamparados, se ha venido rindiendo culto a la Virgen de los Desamparados, que es su titular, desde la construcción del Santuario en el año 1901. Habiendo sido incendiado dicho Santuario por los rojos, la Comunidad encargó una nueva imagen al artista valenciano Inocencio Cuesta, la cual es venerada desde 1940 en dicho Santuario, dedicándosele anualmente una solemne novena que se ve muy concurrida.

### Iglesia parroquial de Nuestra Señora de Belén

Un favor alcanzado de la Virgen de los Desamparados, moviéndonos, en 1911, a cumplir la promesa que le hicimos de celebrar anualmente en Barcelona la fiesta que algunos valencianos venían celebrando en la iglesia del Pino a su Patrona y que por diversas causas dejaba de celebrarse.

Fruto de nuestra personal propaganda fué la celebración, en 1911, en la referida iglesia, de un solemne oficio al que asistió una nutrida y selecta concurrencia de valencianos. El sermón corrió a cargo del elocuente orador sagrado reverendo padre Joaquín Calper, religioso franciscano, hijo de Onda (Castellón), y se repartió profusamente a los fieles una condensada "Historia de la Verge dels Desamparats" de Valencia ab los Goigs de Teodor Llorente.

El entusiasmo despertado entre los valencianos por tan brillante fiesta, movió al entonces obispo valenciano don Juan José Laguarda a fundar la "Hermandad Valenciana de Nuestra Señora de los Desamparados, de carácter benéfico-religioso, que sirviera de lazo de unión a todos los valencianos residentes en Barcelona, guiados por la fe y el amor a su excelsa Patrona. A dicho efecto, se celebró en el Palacio episcopal una nutrida reunión de valencianos el día 18 de noviembre de 1912, y en ella fué nombrada por aclamación la siguiente Junta de Gobierno; Prior, Dr. D. Francisco Muñoz Izquierdo, Secretario de Cámara del Obispo y más tarde Obispo de Vich y Patriarca de las Indias; Clavario, Excmo. Sr. D. Mariano Ballés y Bertrán de Lis, Decano de esta Facultad de Medicina y Delegado Regio de Instrucción Pública en esta provincia; Socio de Clavario, D. Arturo Vallés, Barón de la Puebla Tornesa; Mayoriales, D. José M.<sup>a</sup> Dorda y Morera, Jefe de Estadística de la Sociedad General de Aguas de Barcelona y D. Francisco Alfonso, redactor de "Diario de Barcelona"; Consejeros, D. Ignacio Martí Miquel y D. Cristóbal Gironés, Magistrados de esta Audiencia Territorial; D. Manuel Navarro Beser, industrial; D. Amaro Pedra y Ten, dentista; D. Ricardo de Valera y Tenza, artista y D. Luis Brugués Font, propietario; Tesorero, don Enrique García Bravo, Registrador de la Propiedad; Contador, D. Javier García Aguilar, representante y Secretario, D. José Ribelles Comín, empleado.

Esta Junta, calificada de altura, por el virtuoso y llo-

rado Obispo Dr. Laguarda, encargó al escultor valenciano Domingo Peris una imagen de la Virgen de los Desamparados que era venerada en su capilla de la iglesia de Belén, y posteriormente otra Junta encargó al artista valenciano D. Ricardo de Valero, otra imagen que era venerada en el altar mayor durante los días de la Novena y Fiesta principal que anualmente celebraba la Hermandad Valenciana. Ambas imágenes fueron pasto de las llamas en el incendio y saqueo del hermoso templo de Belén por las turbas anarco-comunistas el día 19 de julio de 1936.

En las listas de socios de la Hermandad Valenciana han figurado las personalidades valencianas más destacadas residentes en Barcelona. Por esto, el no menos virtuoso y mártir Obispo Dr. D. José Irurita calificó a la Hermandad de Asociación *ilustre, e ilustre entre las ilustres*, en el sermón que pronunció en la iglesia Parroquial de *La Torrassa* al abrirse al culto bajo la advocación de Ntra. Sra. de los Desamparados, título que le sugirió al santo Prelado la Junta de Gobierno de la Hermandad, al regalar ésta la imagen de su Titular, que por cierto fué posteriormente destruida por los rojos.

La Hermandad Valenciana rendía culto a su Patrona en la iglesia de Belén, celebrando una Misa de Comunión general estatutaria el segundo domingo de cada mes y una solemne Novena y su Fiesta principal en la primera quincena de mayo. Repartía mensualmente a los pobres 300 bonos de pan, carne y arroz y subvencionaba anualmente a varios establecimientos benéficos de Barcelona. Varios soberanos Pontífices la han enriquecido con valiosas indulgencias. 24 distinguidas señoras y señoritas Camareras alternaban mensualmente en la limpieza y aseo del altar donde era venerada la sagrada imagen de la Virgen.

Y como debido a la persecución roja desaparecieron las listas de socios, la Hermandad se halla en periodo de reorganización, y admitirá, por tanto, en su seno, a todos los devotos de la Virgen, de ambos sexos sean o no valencianos. La cuota mínima que se satisface es de 5 pesetas anuales.

La Hermandad rinde culto actualmente a una imagen de la Virgen de los Desamparados donada por un devoto italiano, pero ha encargado al ilustre escultor valenciano D. Mariano Benlliure (q. e. p. d.) la construcción de otra imagen de la Virgen de los Desamparados, idéntica en parecido y tamaño a la de la Real Capilla de Valencia, que el genial escultor dejó ya modelada antes de morir, para ser venerada en su Capilla de la iglesia de Belén. La nueva imagen será vestida de talla y policromada con oro fino, tal como era la antigua de Valencia. En ella puso Benlliure todo su cariño, toda su devoción, entusiasmo, y toda la delicadeza de su genio artístico y puede considerarse como su obra póstuma.

Durante los días 6, 7 y 8 de mayo actual, la referida Hermandad ha celebrado un solemne Triduo en la iglesia de Belén y el día 9 su fiesta principal, con una Misa de comunión a las 8 de la mañana y Oficio solemne a las 10, cantándose la Misa *Te Deum Laudamus* de Perosi, predicando el jesuita valenciano Rdo. P. José M.<sup>a</sup> Arnau.

Al terminar el oficio la Capilla de Música de Belén ha cantado el "Himno de la Coronación Pontificia de la Virgen de los Desamparados" mientras un nutrido grupo de señoritas ataviadas con el típico traje de labradoras valencianas ofrendaban ramos de flores a la Virgen en su Capilla.

### Parroquia de Nuestra Señora de los Desamparados

Con motivo de la creación de esta Parroquia por el mártir Obispo Dr. D. Manuel Irurita en la barriada de *La To-*

rrasa, que puso bajo la advocación de Ntra. Sra. de los Desamparados a instancia de la Junta de Gobierno de la Hermandad Valenciana de esta ciudad, acordó esta asociación regalar a dicha Parroquia la imagen de su Titular, que fué construída por el escultor catalán Martín Casals y bendecida el sábado 30 de noviembre de 1935, pronunciando en tan solemne acto una sentida oración sagrada el Canciller-Secretario de este Obispado, Dr. don Ramón Baucells. Habiendo sido destruída la indicada

imagen por los rojos, se ha encargado a un artista catalán, la construcción de otra nueva en madera tallada de 2'30 metros de altura, para ser venerada en el nuevo templo Parroquial que se inaugurará en el próximo otoño. Los cultos que a principios de este mes ha dedicado la Parroquia a Ntra. Sra. de los Desamparados han consistido en una solemne Novena y en una lucida procesión que ha recorrido las calles de la popular barriada.

*José Ribelles Comin*



**Nuestra Señora de los Desamparados**

## RESPLANDECERÁ COMO UNA ESTRELLA...

Auras de Resurrección y mes de María es lo mismo que decir alegría de cielo. Porque el coro de nuestras voces es el *a Ti llamamos, Mater spei*, a Ti que eres nuestra esperanza, y al hablar así, nuestro corazón nos asegura que es asequible, con plena confianza de poseerlo, el Bien que no tenemos, y que se nos presenta arduo o difícil. Y también, porque los resplandores del Resucitado han iluminado nuestros entendimientos, han penetrado en las regiones de nuestro apetito para despertarlo con una explosión de cantos victoriosos y triunfales: *la muerte puede ser vencida con una vida eterna*. El sumo Bien está a nuestro alcance: ¡aleluya!, hemos entrado en las fronteras del gozo y de la alegría. Muchos mártires no sabrán de especulaciones filosóficas, pero tienen inteligencia y voluntad, y como viven aquella verdad, estar cerca de la muerte es estar cerca de la victoria, que es la posesión de la Felicidad eterna (1). De ahí las ansias de cielo, que se reflejan en la serenidad de sus palabras y en la sonrisa de su rostro. Y lo comunican a sus hermanos que celebrarán luego su aniversario, no en la fecha de su nacimiento, sino en el triunfo sobre la muerte: la entrada al cielo, *el natalicio cristiano*. ¿Acaso no nos dicen lo mismo las grandes efusiones de nuestros místicos? (2).

Por eso creo no será ningún despropósito en este tiempo que nuestro corazón sabe decir como nunca *amparamos ahora y en la hora de nuestra muerte*, divulgar la victoria definitiva, demasiado ignorada, de aquel sol que tuvo su mediodía sobre las tierras andaluzas, pero que alumbró con sus rayos el suelo de todo nuestro Imperio. "Es cuestión de honor y justicia no sólo para el Clero español la pronta glorificación de nuestro excelso Patrono, el Beato Maestro Juan de Avila—escribíamos en nuestra muy amada revista "Ecclesia", a 11 de enero del corriente año—, si que también para todo buen católico de nuestra patria, que debe desear el engrandecimiento del estado sacerdotal y del glorioso patrono del Clero, grande y preclaro ornamento de nuestro pasado. No deja de serlo para toda persona culta y amante de nuestras glorias patrias, ya que se trata de una gran figura de nuestra literatura y de nuestra historia. Es empresa de todos, porque españoles de toda edad, clase y condición recibieron el influjo de su vida temporal tan del cielo.

"La fecha del 10 de mayo nos brinda una excelente oportunidad para ratificarnos en lo mismo desde estas columnas, donde cuadran siempre tan a maravilla las palabras del Papa, y nos consta que sus augustas manos firmaron: "Nos, no dudando de que por esta proclamación [de principal Patrono ante Dios del clero secular español] se favorecía y aumentaría el bien espiritual, no sólo del Clero, sino aun de todos los fieles de España, y que

(1) San Pablo: Rom., XII, 12: *spe gaudentes*, gozosos en la esperanza; I Cor., XV, 13-20, si no hay resurrección de muertos, tampoco Cristo resucitó. Y si Cristo no resucitó, vana es nuestra predicación y vuestro fe... como también inútil nuestra esperanza. Mas Cristo resucitó de entre los muertos.

(2) Descubre tus enojos  
Y méteme tu vista y hermosura;  
Mira que la dolencia  
De amor, que no se cura  
Sino con la presencia y la figura.  
San Juan de la Cruz—Canción 11 entre el alma y el Esposo—

o bien

En mí yo no vivo ya  
Y sin Dios vivir no puedo;  
Pues sin él y sin mí quedo.  
Este vivir ¿qué será?  
Mil muertes se me hará,  
Pues mi misma vida espero.  
Muriendo porque no muero!

Id.— Copla 2 del alma que pena por ver a Dios.

Cf. también Sta. Teresa de Jesús—Aspiraciones de vida eterna (poesías).

la gloria de Dios adquiriría mayor esplendor, gustosos estimamos oportuno acceder a deseos tan extendidos y ardorosos." (Breve pontificio del 2 de julio de 1946.)

Por otra parte, tengo para mí que el lucero de la Resurrección y el perfume de las fragancias de María son el fondo más adecuado para las pinceladas que intentaremos trazar al describir la muerte de nuestro Beato. Sirvan de prueba las palabras siguientes: "... Y llegándose el físico (el médico) al enfermo, le dijo: Señor, ahora es tiempo en que los amigos han de decir las verdades: vuestra merced se está muriendo: haga lo que es menester para la partida. Entonces el Padre levantó los ojos al cielo y dijo: recordaré *Virgo Mater, dum steteris in conspectu Dei, ux loquaris pro nobis bona*, "acuérdate, Madre, que estás cerca de Dios para interceder a nuestro favor". Y dijo luego: Quíerome confesar. Y añadió: quisiera tener un poco más de tiempo para prepararme para la partida. Está ahí presente la señora Marquesa (de Priego), y parecióle que debía decir Misa el Padre susodicho (Villarrás, S. J.) que tenía cargo del; el cual preguntó al Siervo de Dios de quién quería que dijese Misa, si del Santísimo Sacramento, o de Nuestra Señora, que eran sus especiales devociones, respondió que no, *sino de la Resurrección*; como hombre que comenzaba ya a consolarse con la esperanza della" (3).

Dice el cronista—y en esto puedo asegurar que no miente—que el suceso tenía lugar en Montilla (Córdoba) el año de 1579 *por la mañana del día siguiente a la festividad de la aparición del Arcángel San Miguel, su gran devoto* (8 de mayo).

Montilla es el corazón de Andalucía, y como ella, siempre recibe al huésped en traje de boda con sus casitas blancas, calles limpias y aseadas, que nos recuerdan los mantos y turbantes de la guardia del Califa en su palacio de Córdoba. Viñedos y olivares, azul de cielo andaluz y el verde de los campos, que da vida a unos pedruños secos y áridos como de meseta castellana, con sus bordados. A demasiada distancia el robusto centinela de las aguas sevillanas extiende a derecha e izquierda dos brazos potentes: el Genil y el Guadajoz con sus diminutos afluentes. Apenas queda rastro moruno, si no es algún que otro recuerdo o los aires que el Septentrión trae de la Mezquita o bien los que vienen de Granada y Sevilla, alentados por la Aurora y el Poniente.

Dan ahora testimonio de su fe cristiana, entre otros muchos testigos, la parroquia de su preclaro hijo San Francisco Solano y la muy notable, y arciprestal de Santiago, el floreciente colegio de salesianos, la muy antigua iglesia de la Encarnación, pequeña residencia de la Compañía de Jesús y relicario del sepulcro de nuestro Beato—venerado en el altar lateral próximo al mayor por la parte del Evangelio—, el muy noble y esclarecido Convento de Santa Clara, escuela de santidad y refugio divino de muy altas señoras, las paredes y púlpito de cuya iglesia, bastante frecuentada y repleta de valiosas y santas reliquias, atestiguan haber oído la voz apostólica de nuestro Maestro, de Fray Luis de Granada, San Juan de Dios... Subiendo por algunas calles, no muchas, penetramos en una travesía algo estrecha y desnivelada, y entrados ya en ella, a mano derecha, una sencilla lápida, recuerdo de la fecha de beatificación, nos indicará que aquella fué la residencia donde el Venerable Maestro Juan

(3) Fray Luis de Granada—*Vida del Padre maestro Beato Juan de Avila*—Edic. Apostolado de la Prensa—1948, reproducción de la primera impresión, publicada en Madrid en 1588.



de Avila pasó los últimos años de su vida, y dejó el suave olor de una muerte edificante. Un sencillo arco, que sirve de tejado a una campana, señala la presencia de un muy reducido oratorio público, que comunica con la casa, cuyo piso no conoce ni el ladrillo ni el mosaico. Una pequeña escalera nos conducirá, debidamente autorizados por el Superior de los PP. Jesuitas de la Encarnación, a la antesala del cuarto, algo más que la celda de un ermitaño, desde donde podremos asistir al feliz tránsito del inclito Patrono del Clero secular de España, siguiendo el hilo de la narración arriba apuntada (4).

Confesado ya, y acabada la santa misa, "mandó la señora marquesa traer hachas para darle el Santísimo Sacramento [por viático], y cuando se lo traían dijo [con amoroso y tierno afecto]: *¡Denme a mi Señor, denme a mi Señor!* [Llegando con el Santísimo Sacramento el Padre Villarás, que lo traía, le pidió que, por consuelo suyo y los que estaban presentes, dicesse alguna cosa de edificación. Respondió el Venerable Maestro: Que el Señor que auia de recibir en aquel Santísimo Sacramento auia descendido de los cielos a la tierra para remedio, sanidad y consuelo de pecadores arrepentidos, que él era uno dellos, y como tal pedía se le diessen; quedaron los presentes edificadíssimos de tan grande humildad, recibíole con gran ternura y reuerencia.] Esto sería a las ocho o nueve de la mañana; y el dolor que había comenzado la tarde antes se pasó a la ijada izquierda, y subió al pecho y al corazón. Pasada casi media hora después que recibió la sagrada Comunión, *pidió la Extremaunción*; y diciéndole que aun no era tiempo, que podía esperar algo más, respondió todavía *que fuese luego, porque él quería estar en todo su acuerdo para oír y ver lo que en este Sacramento se decía y hacía*. Y así se hizo; y esto fué a la hora del mediodía, y el dolor iba creciendo y apretándole el pecho, porque ni este tan breve espacio quería Nuestro Señor que careciese de merecimiento, pues no había de carecer de galardón eterno. Preguntóle entonces la señora marquesa qué quería que hiciese por él. Respondió: *Misas, señora, misas*. Llegó entonces el Padre Rector del Colegio de la Compañía y díjole: Muchas consolaciones tendrá agora V. R. de Nuestro Señor. Respondió él: Muchos temores por mis pecados... (5).

"Preguntó luego la señora marquesa dónde quería que se sepultase su cuerpo; porque su señoría y la señora Soror Ana (la célebre Condesa de Feria), que lo tenían por Padre de sus almas, como arriba declaramos, quisieran que se sepultara en Santa Clara. Mas él respondió que no, sino en el Colegio de los Padres de la Compañía, *a los cuales, como había amado en vida, quisoles dejar esta prenda en su muerte*.

"Era ya la tarde, y el dolor iba subiendo al pecho; y uno de sus discípulos, que tenía un Crucifijo en las manos, se lo entregó; y él lo tomó con ambas manos y besóle los pies y la llaga preciosa del costado, con grande devoción, y abrazólo consigo. Y púsole también en la mano una cuenta de indulgencias que él tenía consigo, para que pronunciase el nombre de Jesús; el cual pronunció muchas veces con el de la Virgen Nuestra Señora. Era ya noche, y apretábale mucho el dolor, y decía a Nuestro

Señor: Bueno está ya, Señor; bueno está. Llegó el dolor hasta las once o las doce de la noche y él perseveraba diciendo, aunque ya con la voz muy flaca: Jesús, María [Joseph]; Jesús, María, muchas veces. [Poco antes que muriese le dió cierta cosa congojosa, y aunque no dixo de qué, dió muestras de estar con pena; bolvió los ojos a vn quadro pequeño de vn Ecce Homo, que estaua colgado en la pared, y aviendo estado mirándole algún espacio, bolvió con suma serenidad, y dixo: Ya no tengo pena alguna deste negocio. El dolor no cessaua, ni él de invocar a Dios, y repetir los tres nombres dulcíssimos de Jesús, María, Joseph, y quando le fué faltando la habla, en el mouimiento de los labios se conocía dezir las mismas palabras.] Un Padre le tenía el crucifijo en la mano derecha, y otra persona la vela en la izquierda. En todo este tiempo ninguna mudanza hizo en su rostro ni en los ojos, de las que suelen hacer algunos enfermos; mas antes la serenidad de rostro que siempre tuvo en la vida conservó en la muerte. Y apenas estuvo un cuarto de hora sin habla, y con esta paz y sosiego dió su espíritu a Nuestro Señor, pasando de la paz y sosiego de la gracia a la que recibiría en la gloria, junto con la corona merecida con tantos trabajos y tanto fruto en las almas de los fieles" (6).

No queremos que se nos tilde de estar cegados por la admiración. Por eso no pondremos punto final a la manera del cronista Licenciado Martín Ruiz de Mesa: Eclipsóse este gran Sol que alumbrava nuestra España con su esclarecida vida y exemplos; y aunque fueron tan grandes sus trabajos y dolores no le quedó aquel día a deber nada su Amo, púsole (como piadosamente debe creerse) en posesión eterna de sí mismo, con tanta pujanza de gloria, quanta fué la gracia, de que para su ministerio apostólico estaua lleno, y de aquel pobre apocentico partió rico, vestido de inmortalidad, a ser Rey en el Reyno de la vida" y hacer desfilar luego "todo aquel pueblo Eclesiástico y Seglar", o "el copioso concurso, aumentado con gente que vino de la comarca, de manera que no podía passar el Clero, y las Religiones con el Venerable cuerpo, todos procurauan tocarlo, y tomar parte de sus vestidos, por reliquias, y besarle los pies, y hazer otras demonstraciones, que ostentauan la gran opinión de santidad que tenían del difunto. Dificultosamente podía caminar la pompa fúnebre, aun defendida de los ministros de justicia, que reparauan del tropel, y multitud, la gran Reliquia, Acompañóle el Clero, y Religiones con cantos eclesiásticos, el pueblo con lágrimas, y llantos, condoliéndose de la gran falta que les avia de hazer tan gran Varón y Maestro" (7). Ni tampoco queremos hacer pasar el cortejo de duques, marqueses, condes y otros muchos nobles señores, de amantes insignes de la historia, nacionales y extranjeros, de venerables Obispos y gloriosos Santos que le alabaron con sus alabanzas.

Preferimos, como consecuencia de nuestra devota y serena observación *ante el sublime atractivo de la natural sobrenaturalidad de esta muerte*, que para nosotros deseamos, vindicar una vez más (8) que, en la formación

(Termina en la pág. 224)

(4) "Muchas personas han venido a visitar este aposento. San Francisco de Borja paseando por Montilla, aviendo venerado el sepulcro del Padre Maestro Avila preguntó por la casa donde avia vivido, y estando en ella entró de rodillas desde la puerta del aposento donde mas assistia hasta la parte donde murió con gran veneración y respeto". El Duque de Arcos con el Conde de Luna, su yerno el Conde del Castellar se hincaron de rodillas a la puerta de la casa y con gran humildad besaron los umbrales della ... etc. pág. 172 (*Vida y Obras del Venerable Maestro Juan de Avila—ahora nuevamente añadido y enmendado por el Licenciado Martín Ruiz de la Mesa, Capellán del Consejo Real—En Madrid por Antonio González de Reyes. Año de 1674*).

(5) Omitimos, en gracia a la brevedad, las reflexiones que hace Fray Luis de Granada con su característica unción y elocuencia.

(6) Fray Luis de Granada—O. c., págs. 171-2.—Lo que está entre corchetes son variantes de la citada edición 1674, págs. 166-8.—No nos ha pasado por alto la santa muerte del Excmo. Cardenal Parrado, gran devoto del Beato.

(7) Edic. 1674, pág. 169.

(8) Luis Marcos, Pbro.—*Revista Española de Teología*—Vol. III, páginas 309-345. En la conclusión de un documentado trabajo sobre la *Doctrina del Cuerpo Místico en el Beato Juan de Avila* se lamenta de que "Entre más de mil cuatrocientos autores (1.400) que Mersch cita a lo largo de su meritísima obra *Le Corp Mystique du Crist*, ni una sola vez aparece el nombre de Juan de Avila, como tampoco leemos los de Fray Luis de León, Granada, etc..."

## ORIENTACIONES



## BIBLIOGRAFICAS

MI ENCUENTRO CON CRISTO, por EUGENIO ZOLLI. Prólogo de Francisco Cantera. Colección "Patmos". Ediciones Rialp. Madrid. 1948.

Zolli, brillante orador judaico, notable conferenciante, hombre docto, profesor de Universidad, Gran Rabino de Roma y director del Colegio y Seminario Rabínicos de Italia, convirtiéndose al Cristianismo. En 1946 recibió las aguas bautismales, junto con su esposa, y publicó su obra "Christus", que hoy vemos traducida a nuestra lengua con el título "Mi encuentro con Cristo".

Su libro es una narración de su caminar hacia la luz, la verdad y la vida. Y en la edición española viene presentado y precedido por un prólogo de Francisco Cantera, que es un estudio de la personalidad de Zolli y de su proceso de conversión, al que se añaden unas oportunas e interesantes notas sobre "Jesús y el judaísmo moderno".

Siguiendo la inspiración de Cantera, "los trabajos anteriormente aludidos no sufren comparación posible con esa otra parte de su libro en que Zolli ha volcado la vida interior de todo su proceso y movimiento espiritual".

Veamos, pues, el camino de su conversión. Zolli, el hombre profundamente judaico, se expresa así: "Jesús me cogió dulcemente por la mano conduciéndome. Yo fui dócil. Le he seguido... La Gracia iba cayendo sobre mi corazón, lenta, dulce, suave, como un rocío de luz. No hubo, pues, nada de todo ese complejo psicologicomoral, que se suele llamar "crisis de conciencia"; ni puedo hablar de una llamada repentina que me hubiera envuelto en un abrir y cerrar de ojos y me hubiera deslumbrado con luces fulgurantes. Jesús bajaba a albergarse en mi pobre alma, y yo le abría las puertas de mi morada. El don de la fe no me fué concedido a través de una tempestad interior, sino que iba madurando en mí lentamente."

Es Zolli el estudioso, avezado a profundizar en los Libros Sagrados y en la religión hebraica, quien camina hacia Jesús, despacio, pero sin cerrar su corazón ni su inteligencia a las llamadas de la Gracia. Es la ciencia la que le ha conducido a la fe.

"No puedo hablar de arrobamientos místicos; la razón siempre ha sido mi fiel compañera. La luz del pensamiento se armonizaba lentamente con el calor de la fe... Sí, he razonado, pero no a fuer de racionalista. Mis estudios histórico-religiosos, que quizás pudieran haber constituido para mí un impedimento en el camino hacia el don de la fe, me sirvieron en los últimos momentos de ayuda en vez de crearme obstáculos." Eso dice Zolli en su capítulo "El dogma", para añadir en el titulado "Non nobis": "Todo me hace creer que yo era *naturaliter* cristiano. Quizá, en el curso de treinta o más años yo he recorrido el largo camino que conduce desde una exquisita sensibilidad genérica humana, a través de la vida y las prácticas religiosas hebraicas bíblico-talmúdicas, y más tarde a través del pensamiento neo-testamentario, hasta el logro definitivo del don sublime de la fe en Jesucristo."

¡He ahí una réplica contundente para aquellos que quieren oponer la ciencia a la fe! La razón natural, no

la falsa del racionalismo, el estudio con afán de verdad, sin prejuicios ni pasiones, ni concupiscencias que lo nublen, conducen indefectiblemente a la auténtica y única religión. ¡Cuántos se convertirían si quisieran apartar los humanos obstáculos que les impiden ver plenamente la Luz! "Yo no he hecho más que abrir las puertas de mi alma a la Luz que dulcemente se infiltraba por sus rendijas. La claridad la iba inundando de una manera suave y apacible, año tras año, imperceptiblemente", dice Zolli.

Y así es el libro de su conversión. Así son las páginas en que ha volcado su corazón y su pensamiento, su espíritu abriéndose a la Verdad. Claras como la luz. Dulces, suaves, apacibles.

Otro aspecto de interés es, indudablemente, su enfoque del problema judaico, del judío que cree en el Mesías frente al que no cree. O, en palabras de Zolli, "de aquellos que dicen que son judíos y no lo son; antes bien, son una sinagoga de Satanás".

Ante los hebreos que le apostrofan por su conversión, replica con "las lágrimas que yo he derramado y sigo derramando aún en estos días, en mis oraciones por los israelitas perseguidos y bárbaramente martirizados" (léngase en cuenta que estas líneas están escritas en tiempos del racismo alemán). Y dirigiéndose a todos los judíos, les dice: "Os amo todavía con toda mi alma en el nombre del Señor."

Es el espíritu de San Pablo viviendo en Zolli. De aquel Apóstol que decía a los Romanos: "Siento una gran tristeza y un dolor continuo en mi corazón, porque desearía yo mismo ser anatema de Cristo por mis hermanos, mis deudos según la carne, los israelitas."

El pueblo judío es el escogido, el predilecto del Señor. ¿Ha dejado de serlo después de su deicidio? No, por cierto. Según San Pablo, su caída y su delito han sido "ocasión de salud para los gentiles", la "riqueza del mundo", el "tesoro de las naciones". ¿Cuánto más, pues, enriquecerá al mundo su conversión a la fe?

Zolli piensa con el Apóstol de los gentiles, con el Apóstol de la caridad. Y le sirve de estímulo la actitud del Papa Pío XII, felizmente reinante, para con los judíos perseguidos durante la última guerra mundial. Pero también piensa en aquellos israelitas que continúan, con odio exacerbado, la guerra a muerte contra el verdadero cristianismo y todo lo que él significa. En aquellos que no quieren acercarse a su Mesías, a su Salvador. En aquellos que obstinada y ciegamente viven a espaldas de su misión como pueblo escogido de Dios. En aquellos "que dicen que son judíos y no lo son", a los que no duda en calificar como "sinagoga de Satanás".

Entre tantas tinieblas como hoy envuelven al mundo, Zolli siente también la esperanza del Reino de Cristo: "La humanidad toda de todos los tiempos va avanzando, aun a través de horrores y errores, en su constante peregrinar hacia la gran luz de Jesús. Al fin de los días, como dirían los vates del Antiguo Testamento, o sea, en un futuro todavía lejano, la humanidad se encontrará, en actitud de oración y adoración, arrodillada a los pies de la Cruz. Así se iniciará el reino de Dios. Aun cuando parezca que tarde, el Día del Señor vendrá. Vendrá ciertamente."

Luis Luna



# UNA BENEMÉRITA INSTITUCIÓN CRISTIANO-SOCIAL

*Con objeto de dar a conocer la gran labor que realiza la «CAJA DE PENSIONES PARA LA VEJEZ Y DE AHORROS», publicamos a continuación una breve reseña de sus actividades, convencidos de que la misma habrá de merecer el mayor interés por parte de nuestros lectores.*

La "Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros" de Cataluña y Baleares, fué constituida en Barcelona el 5 de abril de 1904, con el apoyo de las principales Corporaciones barcelonesas, siendo su Fundador el insigne Patricio, Maestro y Apóstol de la Previsión Social don Francisco Moragas, que fué su primer y benemérito Director General hasta su fallecimiento, ocurrido en 27 de marzo de 1935.

La institución se rige por un Consejo integrado por Vocales pertenecientes a entidades económicas, benéficas, culturales, sociales, de previsión y de asistencia.

La zona geográfica en que opera la "Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros" se halla integrada por las cinco provincias de Barcelona, Gerona, Lérida, Tarragona y Baleares, poseyendo además, oficinas en Madrid y Andorra.

La fuerte y creciente economía popular resultante de los admirables exponentes del trabajo en Cataluña y Baleares, halla cauce adecuado para sus operaciones e inversiones en las 15 Oficinas Urbanas de Barcelona, y en las 170 Sucursales y Agencias que la "Caja" tiene instaladas en edificios propios en todas las comarcas de su zona, desde el Pirineo al Ebro y de Lérida a las Baleares.

La finalidad de la Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros consiste en realizar y facilitar las operaciones de ahorro de primer grado en las formas y condiciones propias de las Cajas Generales; las pensiones vitalicias inmediatas y diferidas; el seguro infantil; las operaciones de ahorro auxiliares y complementarias de las de previsión de segundo grado; las operaciones propias de los Montes de Piedad y en general todas aquellas otras modalidades legales y formas de previsión encaminadas a procurar el bienestar de las clases populares.

La "Caja de Pensiones para la Vejez y de Ahorros" cuenta en diciembre de 1947 con un millón doscientos mil imponentes y con un saldo de dos mil cuatrocientos millones de pesetas.

Como Instituto Benéfico-Social ha creado y sostiene con el carácter de manifestaciones complementarias de

sus actuaciones principales, las siguientes obras benéficas, culturales, de mutualismo y de socorro mutuo, de asistencia, de lucha sanitaria y de acción social:

La "Obra de los Homenajes a la Vejez" que ha levantado en toda la nación y en el extranjero una cruzada de amor y apoyo a la ancianidad;

La "Obra Escolar" (Mutualidades y Hermandades Escolares, Colonias Infantiles y Sociales en el "Hogar del Angel de la Guarda"), que propulsa la sanidad de los niños y su incorporación a la previsión social;

La "Obra Cultural" (Casas de Cultura y Bibliotecas Públicas, "Palabra Culta"), que fomenta el amor al libro, impulsa la vida artística y vela por la dignificación del lenguaje;

La "Obra Social Agrícola" (Casas Agrícolas, Colonia Agrícola de Torrebonica y Servicio de Seguro Mutuo contra la mortalidad del ganado de labor), centro de investigación y de fomento de las actividades del campo y de apoyo técnico y social al agricultor;

La "Obra de Acción Social" (Real, Ilustre y Venerable Congregación de Nuestra Señora de la Esperanza, Instituto Benéfico-Social de Nuestra Señora de la Esperanza, Instituto de Santa Madrona, con sus Dispensarios, Clínica de Cirugía, Clínica de Medicina, Clínica Maternal, Casa de Familia, Escuela y Servicio de Enfermeras), que con fines de cristiana espiritualidad protege a la mujer y difunde la previsión popular entre los obreros y obreras, con la eficacia de la hermandad y los adelantos de la ciencia médica ante los riesgos de la enfermedad;

La "Obra Antituberculosa" (Instituto Antituberculoso "Francisco Moragas", Dispensarios Blancos, Colonia Sanatorio Antituberculoso de la Virgen de Montserrat en Torrebonica), verdadero centro de lucha preventiva y sanatorial contra la peste blanca; y

La "Obra de Amor a los Inválidos" (Asilo de Santa Lucía para Ciegas, Instituto Educativo de Sordo-Mudos y de Ciegos, Instituto para Ciegos, Instituto para la Rehabilitación Física de Mutilados), que dedica sus afanes a la redención social de ciegos, sordomudos, con todos los avances científicos modernos.

*Reservado*

**B. S. A.**

*Barcelona*

**INDUSTRIA MECÁNICA**

Especialización exclusiva:

**HUSOS, AROS y CILINDROS RAYADOS**  
para la Industria Textil

**JUAN PAYÁS**

TALLERES y OFICINAS:

Ctera. de Sampedor (Travesía) - Tel. 1052

FUNDICIÓN:

Bruch, 75 - Teléfono 1871

**M A N R E S A**

**AYUDAD A LA PRENSA CATÓLICA**

**J. F.**

**RIPOLLET**

Reservado

**V. M.**

**Barcelona**

**D. E.**

**Barcelona**

**M. B.**

**Barcelona**

Reservado

**F. R. G.**

**J. B. C.**

**Barcelona**

Reservado

**Pedro Balañá Espinós**

Teléf. 30110 - **Barcelona**

**T. A. C.**

**Barcelona**